

LA RAZA LATINA

PERIÓDICO INTERNACIONAL

Se publica en Madrid dos veces al mes, en francés, italiano, portugués y español.

COLABORADORES

Abad y Aparicio (Hilario).
Alcalá Galiano (Antonio).
Bathie, ex-ministro de Instrucción pública en France.
Cenavides (Antonio).
Campoamor (Ramon).
Cánovas (Alfredo Adolfo).
Cánovas del Castillo (Antonio).
Carramolino (Juan Martin).
Carrascosa (Pedro).
Castelar (Emilio).
Castro y Serrano (José).
Corfherz de Medolheing (A), président de la Société des bibliothèques populaires en France.

Cortázar (D. Eduardo).
Dupanloup, évêque d'Orléans, membre de l'Académie française et de l'Assemblée nationale.
Eguren (José Maria).
Fañet (Paul), professeur d'Histoire de la philosophie à la Sorbonne de Paris.
Favre (Jules), membre de l'Académie française et de l'Assemblée nationale.
Franch (A), professeur du Droit des gens (Sorbonne).
Gambetta (Léon), membre de l'Assemblée nationale.
Girardin de, publiciste français.
Giraud, membre de l'Académie des Sciences de Paris.
Gutiérrez de la Vega (D. José).

Hauville de.
Hartzenbusch (Juan Eugenio).
Hugo (Victor), poète français.
Hurtado (Antonio).
Laboulaye, professeur d'Histoire et de Législation comparée, Collège de France.
Lhoest, écrivain belge.
Llofriu y Sagrera (Eleuterio).
Lopez Serrano (Juan).
Martin (Meliton).
Moraita (Miguel).
Nieto (José Moreno).
Nuñez de Arce (Gaspar).

Pariou de, membre de l'Académie.
Patin, Secrétaire général de l'Académie française.
Rodriguez Sobrino (Matias).
Rodriguez Rubi (Tomás).
Rykens, directeur du Collège épiscopal de Boormande (Limbourg Hollandais).
Sandeau, de l'Académie française.
Torres Muñoz y Luna (Ramon), Miembro de la Academia de Munich.
Valera (Juan).
Valero y Soto (Juan).
Valero Tornos (Alvaro).
Villemessant de.

Fundador y Director: D. Juan Valero de Tornos

SOMMAIRE

REVUE ESPAGNOLE ET ÉTRANGÈRE, par D. Eduardo de Cortázar.—PARTE EDITORIAL.—LES ARTS ET LA LITTÉRATURE CONTEMPORAINE, par M. le baron de Privel.—LETTRES À UN HOMME DU MONDE (suite), par Monseigneur Dupanloup.—LA FRANCE EN PRÉSENCE DU GERMANISME, par M. B. Lefranc. (Conclusion).—LE CONCILE DE TRENTE, par le Comte de Fabraquer. COLABORACION.—PHILOSOPHIE DU SENS COMMUN, par Meliton Martin.—Etude du droit politique.

SUMARIO

REVISTA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA, por D. Eduardo de Cortázar.—PARTE EDITORIAL.—REVISTA DE ARTES Y LETRAS CONTEMPORANEAS, por el baron de Privel.—CARTAS A UN HOMBRE DE MUNDO SOBRE LA MANERA DE EMPLEAR SUS OCIOS, por Mons. Dupanloup, Obispo de Orleans. (Carta última).—LA FRANCIA EN PRESENCIA DEL GERMANISMO, por B. Lefranc. (Conclusion).—EL CONCILIO DE TRENTO, por el Conde de Fabraquer.—COLABORACION.—FILOSOFÍA DEL SENTIDO COMUN, por D. Meliton Martin. (Continuacion, capítulo VII).—Estudios de derecho político. (Continuacion.)

REVISTA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA

Los sucesos á que ya nos referíamos en la anterior Revista, acaecidos en la apertura del Consejo general de las Bocas del Ródano, han dado lugar á comunicaciones del presidente de la corporacion y del ministro del Interior, duque de Broglie, á consecuencia de las sesiones de la Asamblea ó corporacion departamental.

El ministro, respondiendo al presidente del indicado Consejo, aunque no dando gran importancia al suceso, ha dado á entender que «por el momento no parece necesario tratar de él.» ¿Será esto que, en plazo más ó ménos próximo, se piense ó determine la disolucion del Consejo provincial?

En otro departamento, en el del Eure, ha dicho el mismo duque, refiriéndose á otro asunto de mayor trascendencia, al de la forma de Gobierno superior: «Nosotros deseamos que el mariscal presidente de la República reciba en breve plazo de la Asamblea nacional, por las leyes constitucionales, el medio de ejercer durante siete años el poder que le ha sido confiado.» E insistiendo aún, añadía el ministro: «Es necesaria condicion para que ese mismo poder aporte al país los beneficios que de él espera.»

Tales palabras no dejaban lugar á dudas acerca del propósito del Gobierno francés de someter inmediatamente á deliberacion de la Asamblea los proyectos de ley que se anunciaban. Tanto para el establecimiento de una Cámara alta y nueva ley electoral, como acerca de los poderes del mariscal Mac-Mahon, debian ser los primeros á discutirse; y si bien, á juzgar por lo dicho por el duque de Broglie en el departamento del Eure, parecia que en las primeras sesiones, acaso en la primera misma, se trataria de la importante cuestion presidencial, ahora se anuncia que el Gabinete Decazes pe-

dirá á la Asamblea sea la ley electoral la que obtenga prioridad en el orden de discusion.

Cualquier reforma política entraña alta importancia para la manera de ser de un Gobierno; pero sin duda el de Francia pretende que la ley electoral sea la en que primero se conozca el estado de la Asamblea, que á lo más podría amenazar la existencia del Gabinete, y evitar así que una derrota ó una votacion no muy numerosa venciera al Gobierno en cuestion que afectara, á la par que al Gobierno mismo, al poder presidencial, á la dignidad hoy suprema de la nacion.

Si así ha pensado el ministerio de los dos duques, hábil está en su política de tanteo; porque la opinion, iniciada cada vez más en sentido conservador, desea el establecimiento en Francia de algo más estable y duradero que un poder cuyo término es conocido, y cuya fuerza por lo mismo no puede ser tan robusta y vigorosa como há menester una nacion de la importancia que tiene ciertamente ese país por demás influyente en el destino de otros varios.

De tal modo lo es, que si en Francia se estableciese pronto una institucion con caracteres de sólido arraigo, no tardaria mucho nuestro país en salir de términos medios, de falsas conciliaciones y de dilatorias treguas que nada resuelven, nada crean y nada aprovechan.

• •

Y ya que de pasada hemos nombrado nuestro país, veamos qué ocurre en otro no mucho más afortunado que él en materias ministeriales. El Gabinete Bulgari, el duodécimo que en el período de unos tres años ha tenido que cambiar el desdichado Rey Jorge de Grecia, continuará al ménos por ahora al frente de los negocios públicos, despues de haber atravesado por una larga y laboriosa crisis, no ménos trabajosa y larga que las que en España suele haber.

Hasta cuatro jefes de partido (porque en Atenas abundan casi tanto como en Madrid) recibian la mision de formar Gobierno, y ni el mismo Bulgari primeramente al promoverse la crisis ni Zaimis, ni Komondouros, ni Deligeorgis pudieron conciliar las ideas y las tendencias de los ingobernables políticos helénicos.

Por fin el mismo ministro saliente, el mismo Bulgari, asociado del Sr. Grivas ha quedado encargado otra vez del Gabinete griego.

Dígase que no se asemejan España y Grecia en asuntos ministeriales.

• •

La Cámara de Señores de Austria aprobó al fin, y como era de esperar, porque rara vez en el sistema constitucional sufren derrotas los Gobiernos, aprobó, decimos, todas las leyes confesionales. Los Prelados católicos, á pesar de su manifiesto descontento, á pesar del acerbo dolor que les cause ver á los enemigos de su Iglesia lograr su intento en los diferentes Estados alemanes, han conservado en vista de esto una actitud prudente, reservada, de templanza y de dignidad.



Sensible ha de serles tambien, por otra parte, contemplar á la Prusia aprobar nuevas medidas contrarias á la propagacion del Catholicismo.

Una de ellas, la más reciente, es de tal naturaleza vejatoria, que no solo comete á un comisario especial, nombrado por el ministro de Cultos, la administracion de los bienes eclesiásticos, cuando á virtud de las últimas leyes promulgadas por el Gobierno alemán no se nombre por el Cabildo quien haya de administrarlos, sino que se fija como inmediata la destitucion de los eclesiásticos que puedan conservar relaciones con un Obispo despojado del gobierno de la diócesis, y hasta ni el Prelado podrá delegar sus facultades jurisdiccionales en administrador alguno por él elegido.

A este propósito ha dicho fundadamente algun sensato diario conservador que un obispado sin fieles podrá tener un valor muy insignificante.

Pero es la política alemana tan tenaz en su conducta reprehensible contra la Iglesia, que porque uno de los diplomáticos más caracterizados la ha censurado públicamente en una carta, y como la censura no ha podido menos de causar sensacion, el conde Arnim, que es el prudente diplomático á quien nos referimos, designado para representar en Turquía al Gobierno germánico, parece ser no va ya á desempeñar la mision que iba á conferírsele, por haber caído, merced á sus espontáneas y leales declaraciones contra la política seguida hoy por Prusia en la cuestion religiosa, en el mayor desagrado del gran canceller Bismarck.

Pocos acaso lleven su ingenuidad y su depurada buena fé al límite que el conde y diplomático alemán; pero en la conciencia de cada cual hallaríanse fácilmente muy análogos sentimientos á los manifestados por el conde de Arnim en su ya célebre carta al canónigo de Munich, Döellinger.

• •

Nuevas declaraciones en favor de la paz en una parte, y contraria indicacion en alguna otra. Un telégrama de Pesht ha anunciado que el conde Andrassy, ministro de Negocios extranjeros, dijo en la sesion celebrada el propio dia por la delegacion austriaca que la paz no estaba asegurada para mucho tiempo.

Podria ser un error del telégrafo, pero como el texto le he visto igual en diferentes periódicos, y además como de palabras dirigidas por lord Derby dias ántes en la Cámara de los Comunes, contestando al conde Russell, podria deducirse algo semejante á la version telegráfica, pudiérase creer que se prepare alguna seria complicacion.

Quien quiera que fuese el promovedor, tendria en contra suya todos los espíritus nobles y honrados; y por si una guerra llegara á estallar, hoy que ninguna cuestion internacional de gravedad se agita en el seno de la política europea, como solo podria promoverse por caracteres inquietos y ambiciosos conquistadores, recordáremosles de antemano que, segun Bossuet, puede Dios alguna vez ejercer la justicia por medio de ellos, pero luego la ejerce siempre tambien sobre ellos mismos.

• •

La guerra civil por un lado, y la última crisis del otro, han sido los dos objetivos de la política interior en la pasada quincena. La guerra civil tambien y los propósitos del nuevo Ministerio Zavala-Sagasta los que hoy ocupan á los españoles pensadores.

La guerra civil se halla hoy en una muy distinta etapa que al terminar la Revista anterior. Los carlistas sitiaban todavía la invicta villa del Nervion: sobre los muros y casas de la capital de Vizcaya caian aún los destructores proyectiles carlistas.

Dias despues, el 2, el aniversario glorioso del memorable Dos de Mayo de 1808 y del bombardeo del Callao, los carlistas se retiraban de todas sus ventajosas posesiones de Bilbao, levantaban el sitio de la heroica plaza y las tropas del Gobierno entraban en la denodada poblacion, que recibia gozosa y agasajadora al ejército libertador.

Quebrantado quedó el carlismo con el abandono del cerco de una plaza cuya adquisicion habria representado para la causa de Don Carlos hombres, dinero, recursos, fuerza, mayor prestigio entre

sus huestes, acaso desaliento en las tropas liberales; pero ¿ha terminado la guerra civil despues de la entrada de los generales Concha y Serrano en la vizcaina capital? No. Los carlistas todavía están en armas; el grueso de su ejército no ha disminuido desde el abandono del asedio; las partidas, aunque batidas en diversos puntos, pueblan diferentes provincias de la Península, y el Gobierno debe atender por lo mismo con marcada predileccion á la terminacion de la guerra.

• •

Difícil, muy difícil se presenta la situacion para el nuevo Gabinete, y de alta loa se hará digno si consigue salir airoso de ella terminando la guerra, salvando la Hacienda de la simulada bancarota en que nos hallamos y garantizando los intereses todos de las clases conservadoras.

El dia 13, anteayer, quedaba constituido el Gobierno, despues de haber pasado su formacion por mil peripecias, que nos expusieron á nuevas locuras. Historiemos.

Despues de quedar encargado del ejército del Norte el general señor marqués del Duero, el duque de la Torre vino inmediatamente á Madrid, donde verificó su entrada durante una tarde lluviosa y desapacible hasta para enfriar el entusiasmo del más ardiente gritador.

A las visitas de atencion ya habian precedido las interesadas recomendaciones y exigencias durante el trayecto de Bilbao á Madrid, y en Madrid con mayor repeticion se harian, porque era indudable que la venida del general Serrano á la capital era motivada por la nueva faz de la crisis, que no mucho ántes habia tenido que venir á aplacar ó aplazar, que esto ellos, los héroes de la fiesta, lo sabrán, el almirante Topete.

La crisis existia, y la crisis fué planteada. El Gobierno formado el 3 de Enero, á raiz del golpe de fuerza dirigido por el general Pavía, tenia que modificarse. Entre los conciliados no era ya prorogable la conciliacion. Sin embargo, intentándose aún, el general Zavala recibe el encargo de formar otro Ministerio conciliador ó conciliatorio, como quiera llamársele; el resultado feliz no corona los esfuerzos del ya mariscal, y debe formar Gobierno homogéneo. Un periódico, *La Epoca*, anuncia en la noche del 12 que el Sr. Topete ha recibido la mision de intentar todavía la conciliacion, y los que ya comenzaban á fundar esperanzas en que las ideas conservadoras iban á verse representadas en las esferas del Gobierno, desmayan.

En la noche del 12 conferencian de nuevo los políticos de alto coturno; el rumor no muy infundado del diario vespertino se disipa, y se publican en la *Gaceta de Madrid* del 13 de Mayo los decretos del primer Ministerio que reemplaza al del 3 de Enero.

El Gobierno queda así establecido: Presidente del Consejo y encargado de la cartera de la Guerra, el capitán general D. Juan Zavala; ministros: D. Augusto Ulloa, de Estado; D. Manuel Alonso Martinez, de Gracia y Justicia; D. Rafael Rodriguez Arias, de Marina; D. Juan Francisco Camacho, de Hacienda; D. Práxedes Mateo Sagasta, de Gobernacion; D. Eduardo Alonso Colmenares, de Fomento, y D. Antonio Romero Ortiz, de Ultramar.

El Ministerio formado es de importancia: en él figuran varias notabilidades de la política conservadora contemporánea.

Ahora sólo se puede juzgar de sus antecedentes. Estos hacen concebir bellas esperanzas, porque el nombre de conservadores que los nuevos ministros ostentan es prenda de confianza para las ideas razonables de moderacion y sensatez.

Respecto á los actos del Gobierno, nada puede juzgarse todavía. En cuanto á sus propósitos, si en el Manifiesto que se cree publique próximamente el Gobierno se comienza por lastimar afecciones arraigadas, nada ganará con ello. ¿Es cierto que el Gabinete últimamente formado por el general Zavala desea la política de atraccion, la que llama á sí los capitales y las personas, los recursos materiales y el apoyo del número? Pues entonces, para realizarlo no debe principiar por malquistarse con ninguno de los elementos que podrian contribuir al afianzamiento del nuevo Gobierno en el poder, al triunfo de sus ideas y á la completa realizacion de sus firmes propósitos y más altos y elevados designios.

La política de conservacion se consolida por la política de progresion en el aunamiento de muchos esfuerzos colectivos. El exclu-

sivismo nunca será fecundo en resultados evidentes: porque ni el Estado es un sólo hombre, diga quien quiera lo contrario, ni ha dejado de ser exacto que la union es la fuerza. Esperemos.

EDUARDO DE CORTÁZAR.

15 de Mayo.

PARTE EDITORIAL

REVISTA DE ARTES Y LETRAS CONTEMPORÁNEAS.

SUMARIO: Nueva clasificacion de las ciencias.—Obras científicas.—La vida en el fondo del mar.—Vegetacion submarina.—El filosofismo.—Un artículo notable.—Las *Doloras* de D. Ramon de Campoamor.—*Los pequeños poemas*, del mismo.—*Nubes y flores*, versos de D. Fernando Martínez Pedrosa.—Las Exposiciones artísticas en París.—Tres á la vez.—Algo acerca de dos de ellas.—Un retrato.—Nimiedades y pequeneces.

A las conocidas y sabidas clasificacion y distinciones de las ciencias todas, deben agregarse tambien las de ciencias útiles y ciencias perjudiciales.

Acerca de las ciencias útiles poco podré decir hoy.

Comprendiendo en ellas las verdaderas ciencias, las que enseñan á distinguir fenómenos físicos y composiciones químicas, á resolver problemas matemáticos y conocer detalles geográficos, caracteres y propiedades de graves dolencias y sistemas de su combatiendo, como las Revistas y diarios especiales no dan noticia de grandes descubrimientos ni novedades, ni los últimos libros llegados hasta mí señalan progresion evidente en los estudios científicos, no será larga la enumeracion.

A lo más, uno de William Budd que trata de la fiebre tifoidea y de su manera de propagarse; otro acerca de la rabia en la raza canina con alguna noticia curiosa suministrada por M. Bouley, veterinario francés; los estudios de viajes con datos y observaciones meteorológicas, geológicas y etnográficas del doctor Semper en el archipiélago filipino, y con dibujos, en los que se ha ocupado,—y esto es digno de notarse por lo que enaltece la educacion de la mujer en el Norte de Europa,—la propia esposa del científico alemán, son los de que hoy puedo hacer recuerdo.

• •

Con relacion á las demás ciencias útiles, no mucho más he de indicar hoy. Los estudios marítimos se prosiguen cuidadosamente, tanto para elevar á detalles muy precisos y preciosos el conocimiento de la vida en el fondo del mar, como en su superficie, apreciando la fosforescencia de los infusorios; las diferencias de elevacion de las zonas submarinas, cuyos moluscos y crustáceos y demás seres de su especie se ven aumentados por familias nuevamente conocidas, y otros varios detalles que las ciencias suministran modernamente á los aplicados y estudiosos.

El estudio de la vegetacion en el fondo del mar, no es menos bello; y respecto á vegetacion, permítaseme decir que el verdadero modo de apreciar la grandeza de la creacion es difícil, difícilísimo.

Pueden ser admiradas las hermosas plantas tropicales en una excelente estufa establecida en una de las zonas templadas; por ejemplo, puede un cierto arbusto europeo ser implantado al americano hemisferio y darse allí bien, y hasta florecer y fructificar; pero las plantas marinas, las que en el fondo del inmenso y profundísimo piélago viven y medran, ¿cómo verlas florecer? ¿cómo verlas fructificar?

Algunas, algunas hemos visto en estanques contruidos por la mano del hombre, y viviendo entre líquidos cristales, cual siempre vivieron sus propias hermanas en vegetacion; pero no eran de las que allá, en el hoy no todo sondable mar, viven la existencia hermosa y apacible de las ninfas y las ondinas, de náyades y nereidas.

• •

Pero observo que de ciencias perjudiciales hablé ántes, y debo explicar cuáles son estas.

Las filosófico-racionalistas: las materialistas y sus variedades: las de que ya hacia reseña crítica en mi Revista anterior: esas que ni dejan creer, ni enseñan: esas que querian apagar la brillante luz de la fé sin poder oponer á su esplendente refulgencia más que groseras é impías negaciones y sofísticas y desfachatadas deducciones, que no pruebas claras y precisas son las afirmaciones oscuras de la jerga filosofera.

Y ya que de filosofismo tratamos, recomendaré el brillante artículo que en *La Epoca* ha dado á luz el académico D. Vicente Barantes, con el título de *Los discípulos de Krausse y los maestros de escuela*.

En él, con motivo de las vicisitudes por que pasan hoy los infelices españoles que á la ciencia pedagógica se dedican, deslízanse frases ingeniosas y alusiones picantes, que son más para leídas que para recordadas. Al lector atento, pues, remito á la indicada composicion del ilustrado cronista de Extremadura, del autor de las *Baladas españolas* y de las *Narraciones extremeñas*.

Citar estos libros esencialmente literarios, me pone ya en el caso de tratar de otro de los puntos especiales á que han de referirse estas revistas: las letras.

• •

Los escritores que crean género, los que marcan un nuevo camino que seguir en las manifestaciones de la inteligencia, no pueden producir obra alguna que pase inadvertida ante la crítica literaria.

D. Ramon de Campoamor, que con sus *Doloras* creó un género de composicion donde «se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento, y la concision con la importancia filosófica», publica un libro, y deber de todo crítico literario es analizarle, investigar el pensamiento íntimo de la obra, saborear la dición, comentar las frases, estudiar las imágenes que presenta el escritor para embeloso de lectoras y recreo de lectores, para enseñanza de noveles y admiracion de doctos en las controversias literarias.

Que tal libro sea la primera, la segunda, la tercera edicion de *Los pequeños poemas*, no importa nada para que el atractivo grande del libro, la importancia literaria de su autor y lo especialísimo del carácter del escritor y sus obras no exijan hoy comentario y análisis, por nuestra parte, del libro ya mencionado.

• •

Los pequeños poemas son doloras: doloras más minuciosas, más enriquecidas con filigranas; pero doloras donde, como en las que así titula su autor, se halla «unida la ligereza con el sentimiento, y la concision con la importancia filosófica.»

Puede demostrarse que *Los pequeños poemas* son doloras apuntando siquiera rápidamente el asunto, si no el argumento de cada uno de ellos. *El tren expreso*: amor de un día y llanto despues, siempre.—*La novia y el nido*: dulce despertar del alma de una vírgen que dormia.—*Los grandes problemas*: niña inocente; jóven amante; mujer desdichada.—*Dulces cadenas*: primer amor y sufrimiento rudo.—*La historia de muchas cartas*: indolencia para amar en quien sabe que es amado.—*El quinto no matar*: remordimientos inocentes.—*La calumnia*: la bola que aumenta como la de nieve, que, cual si fuera de hielo, tambien abrasa con su frialdad, envenena con su hálito emponzoñado y mancha á su contacto repugnante.—*Don Juan*: un Sísifo del amor.—*Las tres rosas*: un viejo verde, amante sin amar.—*Dichas sin nombre*: amores olvidados.—*Las flores vuelan*: amores del día.

Sintetizada en breves líneas la base sobre que gira el bello frasear del escritor; descrito el pedestal sobre que modela el artista figuras alegóricas y bustos de contemporáneos, hombres y mujeres, niñas y vírgenes, Vénus y sátiros; bosquejado el lienzo en que el pintor-literario esparce en brillantes pinceladas el rico, vario, exhuberante colorido de su paleta, no hay más que decir, sino que si Campoamor hubiera sido pintor-artista, habria acumulado en sus cuadros á la correccion de dibujo de Alegri, la morbidez y tersura de que alardean las mujeres de Rubens; al idealismo místico de las vírgenes de Murillo, la belleza colorista de Sancio; al primor floricultural de Breughel, la abundosa esplendidez de Poussin; y

á la severa rigidez de perfiles de Francisco Zurbarán, la intencion graciosa y la picante ironía de David Teniers.

Larguísimo tiempo y ancho espacio fuera menester para analizar obras de Campoamor, y poner de relieve una á una las bellezas repetidas que adornan sus escritos.

* *

En cuanto á defectos son tan escasos, y los que hay tan imperceptibles, y los perceptibles tan disimulables, que es fuerza olvidarlos entre tanta gallardía de diccion, tersura de frase, esbeltez de figuras y brillantez de imágenes como en las obras todas de Campoamor encantan al lector y cautivan á los oyentes.

Fácil, muy fácil es hallar bellos conceptos en las composiciones de otros escritores; poemitas, madrigales, doloras en fin, dentro de otras composiciones, no tanto; y en *Los pequeños poemas* no es árdua tarea disgregar un trozo literario, publicarlo solo y ver así constituida toda una preciosa composicion; y colocada luego otra vez en el lugar de donde se la hubiese hecho salir, formar nuevamente parte de la aromosa corona de cualquiera de las ramas de flores literarias que forman la inmarcesible aureola de gloria del vate de las *Doloras*.

* *

De artes he de tratar aún extensamente y aún me queda á la mano otro libro al que quisiera dedicar más líneas que ya podré.

Se titula *Nubes y flores*, y está embellecido por un retrato del autor, debido á Rosales, el gran artista; por un breve bosquejo biográfico escrito por D. Manuel Juan Diana, y por un prólogo formado por el mismo escritor á quien he tributado ya hoy tanto merecido elogio: por Campoamor.

Este libro es otra cosa del de que he hecho mencion. Fórmanle una coleccion de poesías, unas de alta trascendencia moral, y otras de irónica intencion social; se ve en esta al hombre de corazon lacerado por horribles pérdidas en el alma sentidas y en aquella al Aristarco censor de pequeños engrandecidos, farsantes sin caretas, histriones hijos de la logrería; en alguna sentido y tierno, y en otra arrogante y digno.

Tambien la correccion y pulidez de la forma literaria se advierte en estas poesías fruto de un estudio cuidadoso del mundo contemporáneo. Citar las mejores composiciones, seria formacion de larga lista; baste decir que no son muchas las que desdican al lado de *La escalera y Delante del mar*, *Amargura* y *La oliva* y otras tantas más dignas de encomio y alabanza, cual la *Epístola* horaciana, y la *Positiva* quevedina, y *La lila*, *Más allá*, y más y más recomendabilísimas.

* *

Ninguna capital tan apropiado como París para llamar la atencion del público hácia puntos distintos á la vez y con análogos incentivos.

Pueden celebrarse á la vez, por ejemplo, en Madrid la Exposicion regional del Este de España,—pero exhibicion industrial y agrícola—y la artística permanente de la Platería de Martinez, que ambas acaso se hallen ya abiertas cuando las presentes líneas vayan á buscar la luz del día en salones y bufetes; pero tres Exposiciones de artes, y esto á la vez, ¿pueden celebrarse con siquiera mediano resultado hoy en otro punto que en París? Pues tres Exposiciones artísticas nada ménos, y al propio tiempo, llamarán la atencion de aficionados é inteligentes en la capital de Francia.

Acerca de la que va á abrirse próximamente en la Escuela de Bellas Artes, no tenemos aún pormenores. En cambio diremos algo acerca de las otras dos.

Una tiene lugar á beneficio de los alsacianos y lorenenses que van á poblar la colonia argelina huyendo, llenos de amor pátrio, de la dominacion prusiana, y en ella hánse acumulado objetos de arte pertenecientes á las primeras familias de Francia, así régias como particulares, á los artistas y á los escritores y hombres públicos.

En la exhibicion artística del Palacio Borbon, entre mil preciosos objetos de las artes cerámicas y del grabado, creados por la industria y las incustraciones, cristales y bronce, ebanistería y piedras preciosas, etc., etc., etc., véñse en una sala todas las obras de arte enviadas por el duque de Aumale, dibujos y cuadros, incluso uno de Rafael, que hay quien se atreve á calificar como mejor que su famoso de la *Perla* del Museo de Madrid.—Proposicion es esta que no debe pasar sin protesta de mi parte.—En otro salon se halla la coleccion de objetos de la condesa Duchatel: en otro los de la duquesa de Galliera: en otro los de la familia Rothschild, y en fin en muchos más los de otros títulos nobiliarios como los Pourtalés, Luyenes, d'Abzac, Turenne, d'Harcourt, Colbert; de literatos y artistas, como Mme. Ingres, Mme. Erard, Houssaye, Gérôme, Paul de Saint-Victor; de políticos, Thiers, Duvergier de Hauvanne; de diferentes extranjeros acaudalados y de muchas personas más conocidas en las esferas gubernamentales y la alta banca, en artes y letras, que acudieron solícitas al llamamiento del conde d'Haussonville, organizador de la Exposicion en obsequio de los alsacianos-lorenenses.

La otra exhibicion citada arriba es el salon anual de 1874.

* *

Hasta veinticinco salas destinadas á exhibicion de pinturas, bien puede contener obras notables, cuando entre ellas las hay de renombrados artistas franceses.

Sin embargo, parece ser que ni el célebre pintor de género Meissonier, ni Baudry, Millet, Dupré, Diaz, Stevens, Roybet y Herbert han concurrido á exponer sus obras en el salon de 1874.

Las hay en cambio de Carot, Munkaksy, Neuvielle (cuyo lienzo *Combat sur un chemin de fer* celebré en mi última Revista), Fromentin, Daubigny, Gérôme, Duran, Bonnat, Cabanel, Detaille, Berne-Bellecour, Alma-Tadema, Nibert, Guillemet, Wooms (que expone un cuadro de asunto español: *marché aux chevaux en Espagne*), Heuner, Mesdeg, Breton (Jules), Dové, Duez, Girard, Goubie, Maxime Claude, Hirsch, Jaquemard, Huyff, Lambert, Leloir, d'Hapigies, Nazon, Pelouse, Puris de Chavaunes, Rousseau, Saintin, Segé, Van Marke, Manet, Voillemot, Bouvin, Breton (Emile), Lewis Brown, Mme. Henriette Brown, Comte, Desgoffe, Français, Blanchard, Protas, Fautin-Latour, Mols, Marris, Levy (Michel), Levy (Jules), Walhberg, Flahaut, Lépine, Lapostole, Fleury, Groseillez, Humbert, Matejko, Cormon, Dupray, Pille, Clairin, Bertrand, André, Allongé, Berue-Bellecour, Beaumont, Bonnegrace, Bidan, Carodi Perignon, Cock, Lehoux, Durangel, Lazergues, Privat, Girard, Nayon, Léon, Harmew, Leleux, Leloir, Ribot, Goulmauche, Wallon, Veirassat, Saintain, Schutzemberger, Scheuch, Marquis, Morin, Lefebvre, Nayon, Nealy, Harmew, Viot-Normand, Noël, etc., etc., etc.

La extension que tiene ya este escrito, no consiente señalar, ni ménos analizar, las mejores. Sin embargo, la de Neuville, ya citada, las de Gérôme, Cabanel, Guillemet, Detaille, Brown Mercière, D'Epinay y otros varios, son enumerados con gran elogio por la prensa y la crítica de artes.

* *

Para concluir, un detalle curioso: M. Lefebvre ha presentado en el Salon un retrato del jóven artillero de Woolwich, del Príncipe imperial, en traje negro, con la placa y el gran cordon de la Legion de Honor, su ramo de violetas, cubiertas por un crespon negro, y un tomo de la *Correspondance de Napoleon I*, y el Jurado no queria admitir el lienzo, temiendo, al decir de algunos, cualquier manifestacion política en el concurrido recinto, pero pacífico salon de las artes contemporáneas.

No me extraña, despues de todo, porque en el Museo de Madrid hace tiempo que se advierte la falta de la bella estatua de la Reina Isabel; falta que á un aficionado obligó á preguntar por dicha escultura no hace mucho tiempo.

—Se ha quitado de delante para evitar cuestiones, contestó un dependiente del establecimiento.

—Tambien se ha quitado al artista que la modeló una ocasión de mostrar su obra al público, repuso el visitante, en tono de represión.

¡Cuánta pequeñez engendra la política! ¿Qué tendrán que ver con la política las artes liberales?

EL BARON DE PRIVEL.

13 de Mayo.

LETTRES

A UN MEMBRE DE L'ACADÉMIE DE SAINTE-CROIX
sur les études qui peuvent convenir aux
loisirs d'un homme du monde.

SEPTIÈME LETTRE.

LA LITTÉRATURE CORRUPTICE.

MON CHER AMI:

La corruption du goût n'est pas le seul danger de la littérature, dont je vous ai parlé dans ma précédente lettre: la corruption de cœur, voilà son danger le plus grand et l'accusation capitale que je porte contre elle.

De l'une de ces corruptions à l'autre, la pente du reste est plus facile qu'il ne semblerait d'abord: car il y a une corrélation naturelle entre les idées et les sentiments; et le sens littéraire perverti, le sens moral lui-même court grand risque de l'être. Quand on méprise à dessein les règles du beau et du vrai, il est à craindre qu'on n'en vienne à mépriser aussi la règle du bien. C'est pourquoi Bossuet disait autrefois à son royal élève, à propos de la violation des règles du langage: «NOUS REGARDONS PLUS HAUT, quand nous en sommes si attristés. Quand vous viendrez à manier, non plus les mots, mais les choses, vous en troublez tout l'ordre. Vous parlez maintenant contre les lois de la grammaire; un jour vous mépriserez les préceptes de la raison et de la morale.»

Et nous aussi, nous regardons plus haut que le simple mauvais goût littéraire, nous regardons à une corruption plus désastreuse, contre laquelle je voudrais aujourd'hui vous prémunir.

Ici la chute n'était pas seulement facile; elle était infaillible: par cette raison manifeste que la littérature qui rompt, comme nous l'avons vu, l'équilibre des facultés, et se vante de donner la prédominance à l'imagination et à la sensibilité sur la raison, ne pouvait pas ne pas devenir la littérature des passions et par conséquent une littérature corruptrice, deux points qu'il ne me sera, hélas! que trop facile de démontrer.

Je dis donc que la littérature qui pose en principe la souveraineté de l'imagination et de la sensibilité devait chercher ses ressorts et ses succès dans la région passionnée de l'âme, et devenir ce que j'appelle la littérature des passions.

Les passions, en effet, sont du domaine de la sensibilité et de l'imagination, lesquelles se nourrissent trop souvent des impressions des sens, et non pas du domaine de la raison, qui s'élève plus haut et tend à tout spiritualiser et tout ennoblir. Une littérature qui a pour premier caractère de lâcher les rênes à l'imagination et à la sensibilité, et de les affranchir des lois de la raison, livre donc cet deux facultés à tous les périls, à tous les égarements de leur nature; elle caresse donc, elle surexcite, elle exalte, elle déchaîne nécessairement les passions, et celles, nous devons l'ajouter, dont les prises sur le pauvre cœur humain sont les plus redoutables.

Eh bien! indépendamment même de toute autre considération, cela seul est déjà une corruption, et infiniment dangereuse: c'est la perversion du goût moral.

Une telle littérature pervertit le goût moral: pourquoi? Parce que c'est une littérature enivrante, et que l'enivrement qu'elle don-

ne dégoûte profondément du beau, du vrai et du bien. Elle habitue aux expressions ardentes de l'imagination déréglée, de la sensibilité exaltée; elle rend insensible aux charmes d'une imagination noble et belle, mais réglée, d'une sensibilité douce et pure, d'une raison toujours dominante et forte: l'imagination et la sensibilité retenues dans les bornes de la raison et de la convenance paraissent fades.

Oui, il y a, mon cher ami, qu'on ne s'y trompe pas, une corruption que j'appellerai éminente, qui se fait d'elle-même, pour ainsi dire, sans l'intervention directe du vice, par la seule dépravation ou perturbation des facultés. C'est cette espèce de corruption, la pire de toutes, que produit toujours la littérature dont je vous parle, même quand elle ne serait pas absolument la peinture du vice.

Si vous teniez dans vos mains l'âme d'un enfant, et que vous pussiez, à votre gré, y abaisser, y troubler la raison, et en même temps y exalter démesurément l'imagination, la sensibilité et les passions, en faisant cela vous corrompiez cet enfant profondément et pour toute sa vie. Il ne serait pas besoin que vous lui apprissiez positivement le mal. Le mal naîtrait tout seul; l'âme s'y trouverait toute disposée, et sans défense contre ses atteintes. Voilà ce que j'appelle la corruption éminente des âmes. C'est d'abord de cette manière que cette littérature corrompt.

Elle corrompt ensuite directement et de trois manières: 1° par les passions qu'elle met en jeu; 2° par les procédés littéraires qu'elle emploie pour les peindre; 3° par les principes desquels elle vit. Reprenons.

Je dis que cette littérature est positivement corruptrice par les passions qu'elle met en jeu. Quelles sont en effet ces passions? Ce sont les passions coupables, les passions grossières, de toutes les plus fougueuses et les plus emportées. On a été entraîné de ce côté, et on devait l'être: la littérature des passions devait devenir nécessairement la littérature des passions violentes, la littérature des sens.

En effet, s'il peut y avoir de grandes et belles passions, se seront les passions avouées et ennoblies par l'intelligence, les passions, inspirées par une raison supérieure, avides du vrai, du grand, de l'honnête et du beau; si au contraire vous affranchissez la sensibilité et l'imagination du joug de la raison sévère et de ses saines inspirations, ces facultés ne manqueront pas d'aller là où elles sont le plus vivement attirées, c'est-à-dire, du côté des sens, parce que ce sont ces passions-là qui sont les plus impétueuses, comme aussi celles qui précipitent l'âme dans les plus tristes abaissements.

Et c'est ainsi que l'on a vu cette littérature déchoir tristement, et produire des drames, des romans, des poèmes d'une honteuse immoralité; et cela, non pas tant par le fait de tel ou tel écrivain que par la force même des choses, par un inévitable entraînement.

Qui pourrait en effet le nier? sur quoi roulent perpétuellement tous ces romans ou ces pièces de théâtre dont je parle ici? Toujours sur le même sujet et dans le même cercle; quelques variantes qu'on mette à ce thème toujours le même, quelques combinaisons nouvelles d'incidents et d'intrigues qu'on invente, toujours c'est au sens dépravé qu'on s'adresse, aux penchants dangereux du cœur, à l'imagination mauvaise; c'est là ce qu'on réveille et qu'on excite par tous les moyens. Toujours, en un mot, apparaît sur la scène cet amour que Fénelon nomme «le vice détestable qui doit alarmer la pudeur.»

Eh bien! je le demande: cela n'est-il pas essentiellement pernicieux? Peut-on respirer impunément dans cette atmosphère? Peut-on remuer perpétuellement ce triste limon du cœur humain, sans qu'il s'en exhale rien d'impur et de malsain? Aussi qu'est-il arrivé? Châtiment bien mérité: cette littérature, qui s'était exaltée, enivrée d'elle-même, qui se disait la littérature brillante, généreuse, neuve et renouvratrice, elle est tombée, je ne crains pas de le dire, jusque dans la fange, et elle est devenue, pour quiconque conserve encore les vrais noms des choses, une littérature corrompue et corruptrice.

Corruptrice, ai-je ajouté, par les procédés littéraires comme par les doctrines morales où elle a été entraînée.

Ses procédés, en effet, son art, c'est l'art matériel, réaliste, cru, si je puis dire ainsi, hardi à tout montre, sans retenue et sans réserve. C'était logique et nécessaire encore. Une fois versée de ce côté, la littérature a dû satisfaire ces goûts-là. De là donc ces descriptions détaillées, minutieuses, où cette littérature se complait,

ces peintures raffinées du vice même et de tout ce qui est de nature à exciter les impressions les plus funestes; de là ces émotions grossières, ces tressaillement de nerfs, ces cris, non de l'âme, mais de la chair et du sang, mis à la place du pathétique; de là ces audaces à tout dire, à tout peindre, à ne reculer devant rien, à ne mettre aucun voile, à tout exposer à nu, sous prétexte de naturel et de vérité. Comme si l'art lui-même ne devait pas avoir aussi sa pudeur, et comme si encore l'art était d'autant plus vrai et plus beau, qu'il est plus matériel et plus sensuel. Non, non; et en s'abaissant ainsi la littérature corruptrice n'a pas moins rompu l'antique alliance de l'art avec le vrai que de l'art avec le beau. L'art, mon cher ami, n'est pas matérialiste, bien qu'il prenne son point de départ dans les objets sensibles et visibles; l'art doit s'élancer vers l'idéal, parce que c'est dans l'idéal que réside surtout la vérité et la beauté des choses; et c'est pourquoi l'art n'est pas simplement copiste: il est peintre. Oui, l'idéal, c'est le type parfait des choses, qu'aucune réalité créée ne représente pleinement, mais que l'artiste contemple dans les âmes, et d'abord dans la sienne. L'art véritable ne reproduit donc pas toujours les choses physiques telles qu'elles s'offrent dans la réalité matérielle et grossière: il se dégage des sens inférieurs autant qu'il le peut; il cherche, dans les œuvres de la création physique, les traits, les rayons épars de la beauté supérieure idéale: il les rassemble, les harmonise, et en compose de nobles et pures images, à la fois réelles et idéales, c'est-à-dire prises dans la nature, mais idéalisées, qui dégagent la nature de ses imperfections et de ses défauts, et par là même la rapprochent du type supérieur, qui en est la vérité et la beauté.

La littérature que je combats ici, au contraire, quand elle a un idéal, c'est un idéal dangereux, parce que c'est un idéal qui déroutte et égare; et quand elle peint le réel, c'est un réel plus dangereux encore, parce qu'il abaisse et corrompt.

Il ne faut donc pas s'y laisser prendre: ces procédés matérialistes vont à la corruption de l'art aussi bien qu'à la corruption des âmes; ils n'épurent pas, ils n'élèvent pas: ils flétrissent, ils abaissent, ils matérialisent. L'imagination intelligente, la sensibilité du cœur, ils les précipitent et les avilissent dans les sens grossiers: les sens, en un mot, y dominent tout. Et plus les tableaux sont ardemment colorés, plus les descriptions sont vives et saisissantes, plus les impressions qu'elles excitent sont dangereuses. Et qu'on ne dise pas que la morale reprend ses droits au dénouement: car, même quand l'issue du roman ou du drame serait bonne et tournerait à la moralité, cette peinture, si minutieuse et si hardie du vice et du crime, n'est-elle pas déjà par elle-même, une profonde immoralité? Qui ne sent que la vue trop fixe, trop appliquée, trop fréquente du réel, quand le réel c'est le laid, c'est le trivial, c'est le vice, c'est le crime, est malsaine et dangereuse?

Ce n'est pas tout, et cette littérature ne se contente même pas des passions et des crimes ordinaires. On le sait, à force d'exalter la sensibilité, elle l'a tellement blasée, que pour l'exciter et la réveiller de nouveau, il lui faut inventer des monstruosité, des types inconnus, des vices grandioses, des crimes insolents, effrénés, des caractères étranges, des sentiments bizarres qui n'existent pas dans la nature, et sont, comme on l'a dit, au-dessus ou au-dessous de l'homme.

Mais, dirai-je, si déjà l'exhibition habituelle, la vue fixe, trop fréquente du vice, a tant de dangers, que sera-ce des crimes monstrueux, des passions effrénées de toutes ces créations d'une imagination malade, qui composent le fond de cette littérature? Disons-le, rien n'est plus dépravant et plus démoralisateur; et démoralisateur, qu'on veuille bien le remarquer, nécessairement, essentiellement, par les objets eux-mêmes, dont la vue blesse par elle-même l'imagination, avilit l'esprit, pervertit le cœur, trouble les sens. Ah! qu'on en croie ici ceux qui ont lu quelquefois au fond des consciences, et vu là des mystères que l'œil d'un père, d'une mère, d'un mari quelquefois, ne soupçonne pas, les ravages sont affreux!

Que dirai-je maintenant des doctrines dont vit cette littérature, et qui, sous une forme ou sous un autre, sont le fond éternel de ces drames et de ces romans qu'elle jette en pâture aux esprits avides et affamés? J'avoue que quand je viens à me représenter cette multitude d'écrits où les théories dissolvantes, dont je vais parler sont répétées sur tous les tons, et quelles prises leur donnent sur les

âmes l'art des romanciers et le prestige de la scène, je me demande comment la conscience d'une génération peut résister à ces coups successifs; et je ne puis penser sans épouvante aux ravages individuels que font ces écrits et ces œuvres dans les cœurs imprudents qui s'y livrent.

Voyez, en effet, si ce n'est pas la perversion de l'esprit et du sens moral au plus haut degré. Toujours, dans cette littérature, la passion, — et j'entends, moi, prêtre et gardien en ce monde de la vérité et de la morale éternelle, j'entends par là ce qu'il faut entendre, ce que cela est en réalité, — toujours la passion est honorée, embellie, exaltée, sanctifiée, presque adorée. C'est sur elle que tout l'intérêt est appelé; c'est sur elle qu'on veut attendrir et faire pleurer. Ce n'est plus une ignominie dont il faut rougir: c'est une faiblesse digne d'une tendre compassion. Que dis-je? ce n'est pas même une faiblesse: elle est légitime, elle est innocente; c'est un droit sacré du cœur. On nous parle de doux et irrésistibles penchants, pour lesquels on nous demande toutes nos sympathies et presque notre enthousiasme. De là ces réhabilitations honteuses de ce que rien ne peut réhabiliter; ces grands coupables sur lesquels on rassemble à plaisir toutes les qualités, toutes les délicatesses, toutes les générosités, tous les dévouements, tous les héroïsmes, qu'on entoure d'une auréole dans laquelle on fait resplendir leurs fautes, tandis qu'on abaisse, on ridiculise, on déshonore les représentants du devoir et de l'austère vertu. Pas un crime qu'on n'embellisse, qu'on ne rende touchant, noble, attendrissant, par quelque passion héroïque ou vertueuse; pas un devoir, pas une vertu qu'on n'avilisse et ne rende dégoûtant par un vice bas. Voilà comment on excite à se laisser aller sans scrupule à ce courant du cœur, comme au cours d'un fleuve enchanté, en dissimulant le gouffre où tout cela va aboutir; car là, toujours, selon les romanciers, est le grand bonheur de la vie, la félicité suprême: qui ne connaît pas cette félicité, ne connaît rien; et même, quand elle est troublée, empoisonnée, les joies qu'elle donne sont encore dignes d'être achetées au prix de toutes les souffrances. Au reste, c'est en vain qu'on voudrait combattre ce penchant; il est irrésistible, et les plus hautes puissances de l'âme doivent céder à son empire. C'est ainsi qu'on égare dans des rêves insensés les imaginations et les cœurs; c'est ainsi qu'on trouble toutes les idées, et qu'on déprave le fond des consciences. Et avec ces détestables sophismes, c'est la vertu qu'on tue dans l'âme; c'est l'institution sacrée de la famille qu'on bat en brèche et qu'on attaque à sa racine; c'est la société qu'on sape et qu'on frappe au cœur! Voilà la vérité.

On a été plus loin encore. On ne s'est pas contenté d'excuser, puis d'embellir et de glorifier la passion: on a voulu la sanctifier. Tantôt, par une exaltation délirante, et en mentant à la réalité et à la nature humaine, on a voulu unir à l'ivresse des sens je ne sais quel platonisme de l'âme, chimère insensée, et on a présenté comme dégagé de la matière ce qui y plongeait tout entier; tantôt, par le plus étrange amalgame du sacré et du profane, on a voulu rendre la religion elle-même complice de ces infamies: on lui a emprunté ses voiles pour couvrir de honteux mystères; on a profané son langage; on a pris les mots de sa langue sainte pour les appliquer à la langue du crime; on a fait le plus sacrilège mélange de je ne sais quel vague et vaporeux mysticisme, et des entraînements les plus coupables; on a cru pouvoir unir le plus saint des amours, la charité, l'amour de Dieu, aux plus criminels attachements. Les mêmes cœurs qui brûlaient de flammes impudiques, adultères, ont prétendu s'élever à Dieu par cet amour même, comme si ce nom sanctifiait tout! les mêmes outrages ont été infligés au sens commun et au sens moral. Je ne connais pas de perversion plus profonde. Et parce qu'ils auront mis au frontispice de leur livre un titre pieux ou un nom sacré, et qu'ils parleront avec un faux respect de la croix comme d'un ornement mélancolique qui fait bien sur un tombeau, les auteurs de ces livres corrupteurs se croiront le droit de se poser en hommes religieux: ah! pour moi, je déclare de telles œuvres aussi dangereuses que les œuvres les plus impies; et je ne connais pas, dans la littérature païenne, de livres, je ne dis pas plus impies, mais plus corrupteurs. Ce qui est certain, du moins, c'est que les grands poèmes de l'antiquité, l'*Iliade*, l'*Odyssée*, l'*Enéide*, ne souffrent pas de comparaison, à cet égard, à *Notre-Dame de Paris*, la *Chute d'un ange*, *Jocelyn*, les *Confidences*, la

Divine épopée; je dirai même avec *Atala et René*, et bien d'autres, que je pourrais nommer.

On appelle quelquefois cette littérature une littérature légère: et certes, pour bien des raisons, elle mérite ce nom, car rien ne va mieux aux esprits vides, et ne dégoûte plus les esprits graves. Toutefois, ces auteurs ont raison aussi de vouloir être pris au sérieux, car telle est leur prétention à tous, romanciers, poètes, et jusqu'aux écrivains de ces feuilles périodiques et éphémères qu'un jour voit naître et mourir: tous veulent faire de l'art sérieux; tous disent que nous sommes à une époque sérieuse; et tous le répètent avec eux, tous, jusqu'aux femmes légères et mondaines... et je l'ajouterai, au nom de la religion qui en gémit, jusqu'aux femmes chrétiennes qui lisent et s'y corrompent!

Où il y a de la philosophie, du christianisme et du sérieux dans ces livres; et sous ce sérieux, ils sapent avec art et méthode les fondements de toute vertu; ils brissent tous les liens du devoir; ils éteignent dans les âmes tout remords et toute pudeur; ils donnent à la jeunesse la liberté de tout faire, avec le triste courage de ne rougir de rien.

Et que dirai-je de ces autres principes ou sentiments, si familiers à cette littérature, et qui ont fait inventer ces types maladroits et funestes de mélancoliques et de rêveurs, les René, les Childe-Harold, les Werther, et surtout leurs tristes descendants, qui s'en vont dégoûtés de tout, malheureux de tout, emportés par mille désirs sans but, et traînant partout leur universel ennui; esprits bizarres, qui ne peuvent accepter ni les choses ni les hommes comme ils sont, qui trouvent la vie réelle, avec ses devoirs et ses labeurs, trop mesquine pour eux; qu'on voit s'isoler du monde, dans un orgueilleux et stérile égoïsme, pour ne pas «rapetiser leur vie, comme dit l'un d'eux, et la mettre au niveau de la société.» Ridicule manie, quoi qu'on fasse; triste mal, qu'on ne guérit pas en le poétisant, qu'on propage plutôt, et qui aboutit à jeter les lecteurs niais ou sensibles dans les plus étranges et plus chimériques illusions, et quelquefois dans un dégoût absolu de la vie réelle et sérieuse, si même il ne les pousse pas, en dernier résultat, jusqu'à ce crime stupide et lâche dont ces héros de romans ou de drames donnent l'exemple, en trouvant «aussi singulier, comme dit Werther, que l'on nomme lâche le malheureux qui se prive de la vie, que si l'on donnait ce nom au malade qui succombe à une fièvre maligne.» Ce qui est la plus cynique apologie du suicide qui fût jamais.

Et que n'aurais-je pas à dire encore, si voulais parler ici de ces théories sociales, ou plutôt socialistes et communistes, qui se cachent et se propagent sous ces récits passionnés avidement lus des masses, et creusent sous les pas de la société insouciant des mines souterraines qui la feront, à un moment donné, sauter en l'air? Mais je ne veux pas me jeter ici dans cet effrayant sujet. Laissons ces choses; résumons et concluons.

Ainsi donc, il y a une littérature qui, exaltant outre mesure, et faisant dominer l'imagination et la sensibilité, affaiblit l'intelligence, la pensée, la raison, et tue le goût: mais ce n'est là que le moindre mal.

Il y a une littérature qui, flattant et excitant les passions, et les plus grossières et les plus emportées, souille et déprave l'imagination, amollit la sensibilité, l'émousse, l'énervé, la rend incapable de tout ce qui est grand, fort, généreux, et la dispose à toutes les faiblesses et à tous les égarements;

Qui trouble violemment le cœur, y agite les folles humeurs, y soulève toutes les fantaisies désordonnées, y attise les feux mauvais;

Et qui, après avoir ainsi troublé, flétri, surexcité, l'imagination, la sensibilité, le cœur tout entier, confond, les idées, égare le sens moral, pervertit la conscience, et par ses procédés littéraires, par ses théories dépravées, par ses réhabilitations scandaleuses, par ses alliances impossibles des sens et de l'esprit, de la matière et de l'âme, par tous ses détestables sophismes enfin, et par la multitude d'idées fausses qu'elle jette dans les esprits et dans les cœurs, porte la corruption jusqu'au plus intime de l'être, renversant la notion même du bien et du mal au fond des âmes.

Ah! vous croyez qu'on peut jouer légèrement avec ces choses, et passer impunément dans ces flammes! Non.

J'ai vu les cœurs les plus nobles, les esprits les plus purs, per-

dre toutes leurs facultés, toutes leurs vertus, et tromper de la manière la plus déplorable les plus belles espérances, pour s'être imprudemment jetés sur ces livres.

Et ce sont précisément les natures les plus généreuses, les cœurs les plus ardents, les facultés les plus heureuses et les plus vives, qui sont ici le plus exposés.

Je n'hésite pas à le dire: un jeune homme qui se nourrit de cette littérature de romans et de théâtres est perdu.

Il y a dans la vie un moment dangereux où la raison est faible, l'imagination forte, la sensibilité extrême; où les passions qui s'éveillent sont mises en mouvement par la légèreté, l'orgueil et l'amour du plaisir, par toutes les excitations du dedans et du dehors: c'est la jeunesse. Arrivé à cet âge critique, un jeune homme a besoin d'aliments pour son intelligence qui commence à s'ouvrir, pour son imagination qui s'émeut et saisit fortement, pour sa sensibilité qui s'éveille, s'élance et quelquefois déborde.

Toutes ses facultés sont ardentes, impatientes, impétueuses, et, comme dit Bossuet: «cette force, cette vigueur, ce sang chaud et «bouillant, semblable à un vin fumeux, ne permet rien de rassis ni «de modéré;» il se jette donc comme affamé sur tout ce qui provoque et précipite le travail mystérieux et périlleux qui se fait en lui alors, la transformation de l'enfant en homme.

Et le danger est d'autant plus grand à cet âge, que ces premières impressions sont plus profondes, et ont sur le reste de la vie une influence décisive. Car ce dont le jeune homme se nourrit à cet âge devient comme le fond et le principe même de son être, se change en sa vive substance, de sorte que dans la suite c'est de cela qu'il vivra, c'est cela même qu'il sera.

Eh bien! si alors un jeune homme se jette dans cette littérature et sur ces livres, si, par l'imprudence de parents qui laissent exposés de tels livres à sa curiosité, dans un salon ou dans une bibliothèque mal fermée dont la clef traîne, le jeune homme y porte la main, je l'affirme, il est perdu.

Et si, par un concours de circonstances heureuses, par une bonne éducation de famille soutenue par une bonne éducation de collège, on était parvenu à le préserver jusque-là, à sauver en lui l'innocence et les mœurs, du jour où il a goûté de ces lectures, je vous le dis, pères et mères de famille, c'est fini, grâce à votre imprudence, votre fils est perdu.

Mais cette littérature n'est-elle dangereuse qu'aux jeunes gens? Qu'on se garde de le croire!

Pensez-vous, mon cher ami, qu'une jeune mère de famille vivra impunément avec ces aventures romanesques où le tranquille bonheur du foyer domestique est traité de prosaïsme et d'ennui, où les infidélités au plus saint des devoirs sont condamnées peut-être vers le dénoûment, mais après avoir été poétisées et embellies tout le long du drame et du roman? Croyez-vous que toutes ces images, toutes ces peintures, toutes ces maximes, tous ces types, dont le moindre péril est de détourner de la réalité, et de jeter dans l'imaginaire, croyez-vous que cette surexcitation d'idées et de sentiments, et toutes ces exaltations malsaines, ne constituent pas un effroyable danger?

Certes, les mœurs contemporaines, si on cherchait la cause première de certains scandales, nous feraient ici plus d'une étrange révélation.

Et qu'on ne dise pas que le bon sens public est une assez forte barrière, et que les maximes applaudies dans les romans et les drames en vogue, les types préférés, les héros célèbres, tout cela reste dans le domaine de l'imagination, et ne descend pas jusque dans la vie réelle. Non, la nature humaine n'est pas ainsi faite: on n'établit pas ainsi une barrière infranchissable entre les idées et la conduite. Sans discuter les illusions qu'on peut se faire, et qu'on se fait si souvent sur ce point, je veux bien admettre que, par une inconséquence heureuse, et surtout par l'influence contraire de causes plus hautes, il y a des lecteurs et des admirateurs de romans, meilleurs que ce qu'ils lisent et applaudissent; mais quelles que soient ces exceptions, il n'en reste pas moins que de telles lectures sont par elles-mêmes infiniment dangereuses, et qu'il y a, dans une telle littérature, pour une multitude d'individus, et pour un pays, une cause permanente de profonde corruption.

Vous comprenez maintenant pourquoi, mon cher ami, je me

suis tu dans mes lettres précédentes, sur toute une partie de notre littérature contemporaine; pourquoi, recommandant des études utiles et sérieuses, je me suis gardé de dire mot de ces lectures, qui ne peuvent être que des passe-temps malsains, et de ces auteurs qui ne peuvent être que des maîtres de corruption, et pourquoi je n'en parle ici que pour dire le mépris qu'ils m'inspirent, et pour en détourner les jeunes gens, les femmes, les hommes mêmes, de toutes les forces de mon âme.

Que si un homme grave, un père de famille, avait des raisons SÉRIEUSES de lire, et même d'étudier de tels livres, je demanderais au moins qu'il fût armé contre les dangers de ces lectures par des idées et des principes bien arrêtés, qu'il fût guidé et justifié par un but élevé. Quant à ceux qui lisent ces livres pour remplir leurs moments inoccupés, pour amuser leur oisiveté, pour donner une pâture à leur imagination avide et désœuvrée, et qui font ainsi de ces lectures la nourriture de leur esprit, ceux-là, je les condamne formellement, quels qu'ils soient. S'imaginer qu'ils passeront sains et saufs à travers de telles choses, et que leur imagination et leur cœur n'en seront pas atteints et souillés, c'est une chimère; et s'ils ont une conscience honnête, et qu'ils comptent pour quelque chose la vertu et la chasteté de leur âme, je leur rappellerai le mot que saint Paul empruntait à un poète du paganisme: «*Corrumpunt bonos mores colloquia mala*: Ce sont les mauvais discours et les mauvais livres qui corrompent les bonnes mœurs.»

Non, pour atteindre la fin des études littéraires, pour développer heureusement ses facultés, pour élever son esprit à ce qui est pur à ce qui est grand, à ce qui est beau, je m'en tiens à la grande et saine littérature, à la littérature sérieuse, à la littérature du bon goût et des bonnes mœurs, et je termine cette lettre par ces paroles d'un païen, chez qui la conscience et le sens moral s'étaient conservés mieux que chez certains chrétiens de nos jours:

«Assurément, c'est dans les écrits de nos grands auteurs qu'il faut chercher cette noblesse de sentiments et ce caractère mâle que l'on ne trouve presque plus parmi nous, depuis que la fausse délicatesse et le raffinement en toute sorte de voluptés ont corrompu notre littérature avec nos mœurs. *Sanctitas certe, et, ut sic dicam, virilitas ab his petenda, quando nos in omnia deliciarum generata vitiaque, dicendi quoque ratione, defluximus.*» (1)

(A suivre.)

LA FRANCE EN PRÉSENCE DU GERMANISME.

II.

Cet est le grand peuple que prétend asservir à ses étroites lois un autre peuple né d'hier; voilà le passé de gloire qu'il veut effacer du livre de l'histoire, les conquêtes morales qu'il se propose d'anéantir. Etrange aberration! A des destinées proclamées si éloquemment, si fidèlement poursuivies par tous les âges, substituer la marche aveugle et désespérante d'un progrès purement positif et ne passant pas les limites de l'existence matérielle! C'est étouffer les plus nobles aspirations de l'homme, c'est méconnaître ce travail incessant de l'humanité tendant à franchir les horizons qui l'emprisonnent; c'est nier ce vague mais irrésistible besoin d'immortalité qui tendit lieu de la foi aux nations que n'éclairait pas le flambeau de la vérité.

Bien qu'à la légère, nous avons suffisamment démontré pour notre dessein l'origine, le rôle et les destinées de la France. Pour qualifier de téméraire l'entreprise de l'Allemagne, il serait tout à fait inutile d'étudier ses projets et les ressources qu'elle compte mettre en jeu: mesurer la hauteur du géant, c'est mettre à découvert l'impuissance de l'ennemi, si fort soit-il, qui prétend le renverser; dire son rôle entre les nations et ses propres destinées, suffit à démontrer la vanité des projets de nos adversaires: *Inania cogitaverunt.*

Mais acceptons la lutte telle qu'elle est engagée; descendons sans crainte dans l'arène. Il ne convient pas aux défenseurs de la vérité de se renfermer dans un dédaigneux silence: s'il ne compro-

met pas la cause en la préservant d'un zèle indiscret, à son tour, la discussion éclaire et peut raffermir des esprits ébranlés.

Sur quoi se fonde la présomption de l'Allemagne? Qu'invoque-t-elle à l'appui de notre prétendue décadence, en faveur de sa prépondérance usurpée? Pourquoi se laissent endoctriner les pusillanimes; à quels prétextes s'accrochent les envieux pour nous faire défection? Fort de nos convictions, nous avons trop de confiance en l'avenir de notre pays, pour ne pas reconnaître qu'un pareil revirement dans l'opinion n'ait pas une apparence de vérité. Depuis la révolution ne dirait-on pas que notre pays semble avoir pris à tâche de se donner en spectacle aux nations voisines, lui jadis le modèle de toutes. Combien d'agitations, soit politiques, religieuses ou littéraires, suscitées par le malaise que nous a légué la terrible secousse, nos triomphes militaires eux-mêmes mêlés à tant d'inepties, passent aux yeux d'un observateur superficiel ou pour les esprits prévenus comme des indices fatals de décadence, et semblent donner raison à la politique actuelle de nos voisins d'autre-Rhin. Pour mieux apprécier ce fait et comprendre le rôle de notre pays, nous croyons devoir entrer dans quelques considérations assez étendues sur l'origine et le but des sociétés.

Si les idées diverses et souvent opposées qu'on ne cesse d'émettre sur les lois qui régissent les phénomènes de l'ordre matériel ou moral, dépendent presque toujours des différents points de vue auquel nous place l'irrésistible influence des circonstances, des notions acquises ou de fâcheux préjugés, la conformité de nos jugements avec la vérité ne saurait donc être l'apanage que d'esprits qui, dépouillés de toute prévention, observent les conditions non extérieures mais essentielles des choses. Qu'on ne s'étonne pas de nous voir interrompre la suite de nos idées par ce précepte philosophique. S'il était rigoureusement suivi par tous ceux qui se croient en mesure d'émettre une opinion sur la situation respective des deux pays en lutte de prépondérance, nous n'aurions pas eu le déplaisir d'entendre des personnes, fort judicieuses, d'ailleurs, et aux intentions droites, formuler à cet égard des considérations assez hasardées, pour ne pas dire injustes. Vous tâcherons, nous, bien que défendant une cause personnelle, de nous placer sur le terrain de saine observation.

Que des théories n'ont pas été émises sur l'origine, le sens et le but des sociétés, les philosophes, les économistes, les politiques, tous ceux enfin qu'a préoccupés cet éternel problème soumis à leur curiosité. Les sens ont regardé la société comme un besoin instinctif inhérent à la nature de l'homme qui aurait en horreur la solitude. Moins sentimentaux, d'autres prétendent que l'agglomération des familles n'a d'autre objet que de placer des intérêts matériels sous la sauvegarde et la solidarité de la mise en commun. Certaines réunions d'hommes ne devraient leur origine qu'à un besoin de conservation, à la nécessité de repousser un ennemi commun. Nous renonçons à poursuivre l'énumération des divers systèmes sociaux; encore moins les analyserons-nous pour en faire ressortir les avantages ou les travers; notre question n'a rien à gagner à cette Revue. Mais ce qu'il nous importe d'établir, pour nous en tenir à l'objet exclusif qui nous occupe actuellement, savoir l'explication des causes de notre apparente décadence, c'est une vérité pressentie mais ignorée des nations antiques, niée par le rationalisme moderne: nous voulons parler du rôle et de la destinée des nations en tout qu'individus collectifs. La négation de cette vérité, aujourd'hui si contestée, ne s'appuie que sur l'interprétation erronée de faits partiels que le cours naturel des choses se charge bientôt de rectifier. La négation de cette vérité a pour conséquence fatale de faire tourner l'homme, un certain nombre d'années, dans un cercle étroit de fonctions matérielles, d'asservir son esprit à la force brutale et de lui assigner à lui, en dernier lieu si avide d'avenir, une fin peu noble, indigne d'un être pensant.

Considérer une société absolument comme un mécanisme obéissant à une impulsion reçue, comme un organisme, remplissant aveuglément des fonctions nécessaires et fatales, assimiler, dans le sens littéral de l'expression, une société à un corps qui naît se développe, dépérit et s'éteint, c'est sacrifier inutilement tous les membres de cette société qui n'auraient nullement besoin de se réunir pour remplir des fonctions qui, individuelles et spontanées, deviendraient plus faciles. Ont-elles par hasard besoin de se réunir

(1) Quintilien.

afin de pourvoir aux nécessités de leur existence. Ces bêtes de nos forêts? Et que devient le libre arbitre, cette précieuse prérogative de l'homme dans une société arrangée de la sorte par nos modernes penseurs? Où relégueront-ils ces manifestations d'une raison supérieure à nos sens que chaque événement écrit en caractères ineffaçables sur le livre de chaque peuple? A ces conditions n'ayant plus leur raison d'être, les liens des sociétés se dissoudraient, ou bien un peuple deviendrait la proie d'un autre peuple plus vigoureux. S'il en était du sort des nations comme le soutiennent nos adversaires, au lieu de nous étonner de leur peu de stabilité, nous devrions être surpris qu'un plus grand nombre de peuples n'eût pas disparu de la surface du globe. Non, quand une nation prend l'épée contre une autre nation, ce n'est pas seulement son épée qui combat; si l'une des deux vient à succomber, il lui survit quelque chose, une force invisible mais réelle, planant au-dessus de son désastre. Dans le cas contraire, la rencontre des deux peuples serait irrémédiablement une question de vie ou de mort.

Nous ne refusons pas aux sociétés cette force ascensionnelle qui les porte d'un état inférieur vers un état plus parfait. Le progrès est une loi départie par le Créateur à sa criature: l'homme est essentiellement perfectible. Nécessairement il doit en être des agglomérations d'individus comme des individus pris séparément. L'histoire est là qui nous apprend que parties d'une humble origine des nations ont atteint, par leurs propres forces, l'apogée de la prospérité et de la gloire. Si nous mettons l'histoire en doute, impossible de nous soustraire au témoignage de notre propre expérience: chaque jour, chaque instant modifie comme vieilles ou imparfaites des idées que nous caressions naguère. La génération qui succède s'enrichit et des traditions de celle qui la précède et des résultats de ses observations personnelles, qu'elle lèguera à son tour. Voilà comme nous entendons la marche ascendante des nations; leur développement comme association d'intérêts matériels, sans doute, non comme fin mais comme moyens, mais aussi et surtout comme association d'idées, car l'homme chemine et ne saurait mourir tout entier. Ne vit-il pas dans la postérité par ses œuvres, par sa gloire, par les vérités que son génie révéla à ses contemporains, et plus forte raison, une société, réunion d'intelligences, sera douée d'une force immatérielle capable de la faire survivre à toutes les ruines. Une nation est une pensée à la fois unique et multiple, car elle est le produit de plusieurs intelligences, le choc fécondant d'où jaillissent une infinité d'étincelles qui viennent se confondre au même foyer; voilà pourquoi elle est aussi unique; un esprit droit ne peut supposer en effet diversité de tendances à une réunion d'êtres vers un centre commun. Une nation vit d'une même vie, obéit à la même impulsion, car elle est le produit de plusieurs intelligences agissant de concert et tendant à un même but.

Voyez le peuple hébreux: représentant d'une idée sublime, il se perpétue à travers les âges, si non entouré du prestige de sa force matérielle, du moins dans ses prophéties, dans son culte solennel, dans sa vaine attente de celui qui en est l'objet. De l'Egypte il ne reste que des momies et des fragments célèbres respectés par le temps, cependant on admirera, jusqu'aux âges les plus reculés, la sagesse de ses lois, la pureté de ses mœurs, son incorruptible justice; et nos monuments s'inspirent encore de nos jours du caractère grave et solennel qu'elle savait imprimer à ses œuvres. Nous formons notre goût à la sublime école de l'art grec; nous suçons dans nos athénées le lait pur et nourrissant de ses chefs-d'œuvres littéraires, et cependant la Grèce dort depuis des siècles à côté de ses dieux ridicules; elle se survit dans ses œuvres. De l'antique Rome on voit à peine quelques débris défiant le temps et les révolutions: Rome nous lègue ses lois, ses belles institutions, son génie militaire; donc Rome se perpétue, Rome n'est pas morte toute entière. Si l'homme ne peut mourir tout entier, il est encore plus impossible qu'une nation disparaisse à jamais. Quel serait alors le but de l'agglomération, si, subissant les mêmes vicissitudes que l'individu, elle n'obéissait pas à un dessein supérieur? Les civilisations antiques, mélanges de vérité et d'erreur, qui sont venues, comme nous l'avons déjà dit, se résumer, se fondre et se purifier dans les représentantes de la loi nouvelle, ne sont, à nos yeux, que des étapes marquées par la Providence, des âges intermédiaires chaque fois plus accomplis; ils préparent, à travers une course pé-

nible, semée de vicissitudes sans nombre, l'ère fortunée où l'apparition du Christ réaliserait la plénitude des temps et des croyances.

Nous nous sommes peut-être trop appesantis sur les considérations qui précèdent; revenons à notre sujet. Immortelles dans leurs destinées, ainsi que le prouvent leur origine, leur rôle et leur fin, quand même les nations chrétiennes seraient condamnées à disparaître à jamais comme puissances temporelles, elle se survivraient par leurs destinées, leur esprit s'incarnerait au sein de sociétés plus jeunes, et toujours plus vaillamment poursuivie, leur mission n'aurait fait que changer de représentants.

Mais ne semble-t-il pas, à nous entendre, que nous parlons de la France comme d'une nation vouée à la mort? Ne serait-ce pas donner raison à la présomption de nos ennemis, qui s'imaginent avoir donné le coup de grâce au prestige moral de la France, en brisant dans ses mains, un instant affaiblies, la vaillante épée qui l'avait portée si haut?

Je ne doute pas que Tacite, lien des derniers romains, n'eût perdu toute foi au génie de Rome, qu'il ne croit son rôle terminé, soit qu'il essayât de la réveiller au récit de ses gloires guerrières, soit que voulant la retenir au bord de l'abîme il lui retraçât les antiques vertus républicaines ou la soumit à ses jugements sévères. Tacite accomplissait le devoir d'un grand citoyen: il est beau de rester seul debout à son poste, d'espérer lorsque tout espoir est perdu. Le dernier des grecs qui sacrifiait son repos et ses forces à l'indépendance de sa patrie expirante, savait que tôt ou tard il serait enseveli sous ses ruines. Tous ces hommes étonnants qui se sont levés sur le déclin d'un peuple, semblables aux derniers jets d'une flamme qui se meurt, et loin de le faire revivre, n'éclairaient que sa ruine, dignes d'admiration, sans doute, ils ne remplissaient qu'un devoir.

Nous allons voir que la France n'en est point arrivée à ce terme fatal ou commence le vertige. A ce lieu de prophètes à la voix solennelle, avant-coureurs de sa ruine, elle réclame l'appui d'hommes de cœur pleins de confiance en son avenir: l'histoire admire les premiers; sans tenir compte de leurs sacrifices, la reconnaissance des peuples est acquise aux seconds.

Parce que les canons de l'Allemagne ont mugé plus fort que les nôtres, parce qu'elle a déployé un appareil de guerre plus formidable, parce que livrés tour à tour à l'impéritie ou à la trahison, nous nous sommes rendus sans combattre, parce que mettant de côté la prudence la plus élémentaire nous nous sommes fiés à notre renommée, parce que nous avons faibli un instant, l'Allemagne se figure aisément que sa surprise a anéanti une gloire militaire scellée sur tous les champs de bataille par près de vingt siècles! La clairvoyance dont ce pique l'Allemagne se trouve cette fois mise en défaut ou par son orgueil ou sa haine invétérée. Que peut prouver un fait isolé? Des états moins guerriers que la France et qui, certes, n'en avaient pas le génie, n'ont point succombé sous des coups relativement aussi rudes. Qu'elle porte ses regards non loin dans le passé, cette Allemagne si fière de ses larcins et conquêtes qui en fait aujourd'hui la première puissance de l'Europe; qu'elle se souvienne que réduite encore aux étroites limites de la Prusse, Napoléon la mit à plusieurs reprises à deux doigts de sa perte. Les larmes abondantes que verse encore l'Allemagne sur les victimes (1) presque plus nombreuses que les nôtres, proclament assez éloquemment que dans les rares occasions où il fit son devoir, le soldat français prouva qu'il n'avait pas dégénéré de sa valeur. Et que penser d'un peuple qui au lendemain de ses désastres étouffe une guerre civile, court à ses fêtes ou à ses affaires, refait son armée, se réorganise en quelques jours et jette en pâture à la cupidité de son vainqueur qui pense l'épuiser, une somme qui ne l'étonne pas moins que notre loyauté. Tels sont les indices de décadence matérielle que se plaît à constater l'Allemagne. Elle doit prendre aussi pour un indice plus significatif de notre impuissance cet insatiable désir de vengeance comprimé dans la poitrine de chaque français, jusqu'au jour marqué. L'Allemagne est si bien persuadée que, loin d'abattre notre force matérielle, son triomphe n'a fait que la raviver et la tirer de sa torpeur momentanée, qu'étonnée elle-même du

(1) De la dernière guerre.

coup qu'elle a porté, elle ne cesse d'attacher sur les préparatifs de sa rivale un regard jaloux et méfiant.

En vain fait-elle une guerre de mesquines tracasseries à notre savant et dévoué clergé; en vain proscriit-elle le catholicisme en la personne de ses vertueux défenseurs; en vain fait-elle des efforts désespérés pour détrôner notre belle langue et lui substituer sa terminologie ardue et sauvage comme son génie; en défaut de sa rage notre langue si belle et si logique, illustrée d'ailleurs par tant de monuments immortels, demeure ce langage de la raison, le bien des peuples, le véhicule et l'instrument nécessaires à la transmission des grandes idées. Nos pasteurs déconcertent tous ses plans par un héroïsme et une résignation digne des premiers âges du Christianisme. Bien loin d'ébranler ses institutions, les révolutions, si fatales à ses voisines, lui communiquent une nouvelle vigueur, l'inspirent, l'enflamment. Près de s'abîmer, elle remonte plus haut: c'est le Phénix qui renaît de ces cendres. Champion infatigable, elle recule par d'incessants et admirables travaux les limites des sciences et des arts. Elle groupe encore autour d'elle les intelligences d'élite, elle rayonne toujours sur le monde, elle s'incarne toujours en lui, et, spectacle touchant! son prestige moral renaît encore de tout l'intérêt sympathique qu'inspire son malheur. A l'exception de ses ennemis et de ses envieux, toutes les nations reconnaissent la prépondérance morale de la France.

Quelques penseurs, et parmi eux des hommes d'autorité tels que Joseph de Maistre, ont émis l'opinion que tôt ou tard la race slave absorberait la race latine. Prise dans son sens absolu, une pareille affirmation constituerait une grave erreur. Si l'on tient compte, d'une part, des profondes perturbations politiques qui minaient la race latine; et de l'autre la marche prospère et non interrompue qu'accomplissaient nos voisins à la faveur de nos troubles, ou s'expliquera qu'uniquement préoccupés de ces indices matériels, en raison de la gravité que leur prêtaient les circonstances, des penseurs aient pu émettre cette opinion. Qui ne sait que les états fondés principalement sur la force matérielle, s'ils résistent plus longtemps s'abîment dans une ruine irréparable, lorsque le hasard met à découvert le secret de leur force? Les deux races procèdent par des voies fort distinctes qui expliquent leurs vicissitudes ainsi que la consistance de leur organisation. La race slave, s'appuyant principalement sur la force matérielle, marche avec lenteur mais sûrement; ses progrès sont lents mais réels. Et l'on s'étonne un jour de voir cette montagne, jadis humble colline menacer tout ce qui l'entoure. Les races latines, moins préoccupées de la force matérielle, n'obéissent dans leur marche qu'aux élans de leur génie, aux instincts, à la volonté qui présidèrent à leur formation. C'est ainsi que sans se préoccuper d'une force supérieure, poussées par une force surhumaine, elles renversent les obstacles, s'arrêtent ou se brisent, mais un désastre ne saurait les anéantir; leur génie les relève, leur génie les multiplie, leur génie répare tout. Si le progrès matériels de la France se fut harmonisé avec son développement moral, elle représenterait sans contredit la nation la plus formidable du globe. La force matérielle ni exagérée ni médiocre, mais pouvant faire équilibre à toutes les puissances, se maintient dans un merveilleux rapport d'égalité avec le rôle moral qu'elle doit soutenir.

Guidés par la convoitise les peuples du nord n'ont en vue, dans presque toutes leurs guerres, que des avantages matériels, des compensations territoriales ou l'abaissement des forces d'un rival. Il est étonnant de constater que la reine des nations latines par la prépondérance morale se laisse vaincre, en tout et en contre, sur le terrain de la politique. Elle ne discute pas les hasards de la lutte; elle s'élance rapide comme l'aigle là où une grande idée réclame l'appui de son épée; où un opprimé, une noble cause, implorant son secours. Mais parfois aussi, instrument de la Providence elle relève des peuples ou renverse des trônes qui avaient mis des siècles à se défier. Nous croyons toutes ces considérations, quoique longues et diffuses, de nature à établir le rôle providentiel et impérissable de la France, comme de ses sœurs les races latines.

Il serait injuste d'induire de son sommeil apparent, de sa fatale torpeur des indices de décadence. Les divisions intestines livrèrent la Grèce, autrefois si forte par son culte et ses vertus civiques, aux mains d'Alexandre. Le luxe inoui que le pillage de toutes les nations

avait introduit dans Rome, la corruption qu'il engendra, précipitèrent la chute de cet empire Romain, si austère ja dis et si puissant. Et bien la France fut-elle pervertie comme la Grèce, exploitée par les spéculateurs de la vérité, eût-elle la corruption de l'empire Romain, la France ne aurait périr. Son rôle providentiel parmi les nations Chrétiennes lui assurent des destinées immortelles qui la préservent de la ruine et, si elle tombe, l'aident à se relever.

Peut-être qu'un enthousiasme exagéré pour notre pays nous entraînerait hors de notre sujet, nous a fait oublier les dangers qui nous menacent du côté de l'Allemagne. Car il ne suffit pas d'avoir confiance en nos destinées, il faut nous montrer dignes d'elles par la prudence qui les sauvegarde et au besoin la valeur qui les défend. Pressons-nous autour de l'Etendard qui symbolise la cause des races latines, nous tous qui combattons les combats de la plume et de la parole. Déposons nos vaines querelles; que la communion des idées nous anime d'un même esprit, nous enflamme d'un même désir, à savoir: la régénération de notre patrie. Propageons de saines doctrines, éclairons par nos aperçus, répandons autour de nous une solide instruction, deracinons surtout les préjugés, nuisibles à toutes les bonnes causes. Ne cultivons point l'art; qu'il profite à notre perfectionnement moral. Conquérons la tranquillité de l'esprit en conciliant des choses au premier abord inconciliables, le dogme et la raison; nous reconnaitrons bientôt que les progrès des sciences n'ébranlent pas la doctrine évangélique. Professons surtout un grand amour pour la vérité et la paix. Une expérience fatale de plusieurs siècles nous apprend que nos dissentiments religieux et politiques nous affaiblissant par la division nous livrent comme une proie facile à la cupidité de nos ennemis. Les combattants sont en petit nombre: mais que l'union les rende forts, et le succès est assuré. La France devra encore au patriotisme de ses défenseurs d'avoir franchi une rude crise de son histoire.

B. LEFRANC.

Madrid, 18 Mai, 1874.

EL CONCILIO DE TRENTO

Y EL SUSPENDIDO HOY EN EL VATICANO.—SU HISTORIA.

Las doctrinas heréticas predicadas en Alemania por Martin Lutero, causaron la Reforma protestante, se quebrantó la antigua unidad religiosa; el trono pontifical levantado tan alto por Leon X, que da el nombre á su siglo, sufre una prueba terrible, una prueba tal, que sin la voluntad divina, que sabe siempre reparar y realizar lo que de ella emana, la Iglesia, en la que se habian introducido algunos abusos, se hubiera anonadado ante el poder racionalista que levantó Lutero. Pero si en un combate entre hombres, Lutero, apoyado por los príncipes, pudo vencer un momento, en el combate de la fé y de la autoridad divina contra la razon individual, debia ser esta vencida, y lo fué. La Reforma ha hecho correr torrentes de sangre: empero reducida á sus propias fuerzas, pronto se vió limitada; Dios no dejó triunfar sino un instante á la razon en delirio para mostrar mejor despues su debilidad, su nulidad, y para que el carácter divino de la Iglesia sobresaliese más alto en las tempestades humanas y brillase con todo su esplendor y con todo su poder. Si Lutero no hubiese encontrado una parte de la Europa preparada á sostener su atrevimiento y á abrazar su Reforma, que favorecia la independencia de los Estados alemanes contra el poder de Carlos V, jamás el luteranismo hubiera sido una religion. Pudo entonces sin temor dar rienda suelta á todas sus pasiones, levanta una cátedra contra una cátedra, un altar contra un altar; no debia perecer, porque la política movia á los príncipes á tomar parte por él.

El genio fiscal del clero italiano los oprimia, y los que habian defendido á los husitas ántes que á Lutero hubieran sostenido á cualquier osado reformador, le hubieran favorecido, sin investigar si la Reforma era racional y buena. Lutero conocia esta disposicion de los ánimos, y la majestuosa figura de Carlos V mismo no le asustó. Predicaba una cruzada contra el Papa, al que decia no temer porque estaba seguro de vencerle. Lutero tenia de su parte la poblacion indiferente y burlona, como tenia, por su creencia y atre-

vimiento teológico y su valor como hombre, la parte grave y apasionada. Comparece en la Dieta de Worms, y á su vuelta de ella uno de los príncipes alemanes le hace arrebatarse para sustraerle á peligros imaginarios. Estuvo oculto un año en un castillo feudal ignorado del género humano, y desde allí inundaba la Europa de escritos que, saliendo de la pluma de aquel predicador invisible, cuya suerte nadie conocía, no chocaban ménos violentamente la imaginación impresionable de Alemania, que sobre todo quería seducir é impresionar.

¿Qué sucedía á todo esto? Que los príncipes alemanes, mezclando la acción á la admiración y á los elogios, levantaron el pendón de la independencia; y el pueblo, que también quería hacer su reforma, saqueó las iglesias, fundió los metales preciosos de los vasos sagrados, demolió los conventos y quemó los libros. ¿Cuál era, pues, esa doctrina nueva que se proponía, y que Lutero quería sustituir á la doctrina católica, universal, antigua como el Salvador? Difícil será formar de las opiniones, sin cesar modificadas, de Lutero, un cuerpo completo de doctrina. De todos sus folletos y libelos reunidos, y comentados por sabios doctores de las dos comuniones, resulta:

1.º Que la Escritura Santa es la única base de la religión, base inmutable y sagrada.

2.º Que ninguna *autoridad humana* existe, y que cada cual puede interpretar á su arbitrio y concepto el libro de la ley.

De aquí la abolición de la Confesión, de la Misa, de la Comunión bajo las dos especies, de los votos monásticos, del celibato forzado y la creencia de la expiación de las almas después de la muerte, de donde habían nacido las indulgencias..... Así, juzgando sobre el abuso de las cosas, y sustituyendo una pasión humana á otra pasión humana, erraba groseramente Lutero. Además el reformador, por su autoridad privada, redujo los Sacramentos á tres: el Bautismo, la Penitencia y la Eucaristía. En cuanto á la presencia real de Cristo en el augustísimo sacramento de la Eucaristía, la había admitido en sus principios; pero las contrariedades personales que experimentó más tarde, se la hicieron rechazar.

Mientras estuvo retirado en el castillo de Wartbourg, tratando de extender por Europa sus doctrinas, que la mediatizada Alemania parecía adoptar por la novedad y por el odio á la doctrina positiva del Occidente, que se reía todavía de las extravagancias de Lutero, sin tomarlas por lo serio, la Suiza era teatro de otra reforma por un hombre que quería ser émulo de Lutero: por Calvino, que no tenía ni la impetuosidad, ni la franca osadía, ni el sarcasmo de Lutero. La doctrina de Calvino se diferenciaba de la de Lutero en la negación de la existencia real y en la abolición completa del Episcopado, como de todo lo que el culto podía tener de exterior y de solemne. El Pontificado, durante esta rebelión contra su autoridad y las leyes divinas, que estaba encargado de hacer ejecutar, luchó; empero acababa de recibir una terrible lección, y veía con dolor la influencia de la Reforma sobre las costumbres y las leyes de la Europa moderna.

A la muerte de Leon X, contra el que se había levantado Lutero, fué elevado, bajo el nombre de Adriano VI, el preceptor de Carlos V. Jamás elección alguna había caído sobre un hombre más digno: era piadoso, económico, activo, benévolo, empero severo. Trataba de reformar las costumbres, pero la obra no era fácil; la buena voluntad de un hombre, por altamente colocado que estuviese, no bastaba. El mal se hallaba demasiado arraigado, fué más fuerte que él, y le arrastró consigo. Así, su última palabra fué un grito de dolor y tan significativo, que ha sido grabado sobre su sepulcro: *Porque hay tiempos en que el mejor hombre no puede hacer más que sucumbir.*

Sucedióle Clemente VIII, que era un Médico. Tuvo como Adriano la ambición del bien, y tal vez más luces para conseguirlo; pero los sucesos no favorecen sus intenciones. Perseguido por la fatalidad en sus actos más importantes, acaba de perderse lleno de confianza ante sus enemigos temporales y espirituales.

Las desgracias de Roma, horriblemente saqueada por el Condestable de Borbon, y en donde, con dolor lo decimos, las tropas españolas dejaron muy atrás la barbarie de las hordas de Atila y de Genserico, hicieron verter lágrimas de dolor á su corazón; la Reforma creció y se desarrolló ante sus ojos, sin que le fuese posible conte-

nerla. La Alemania del Norte, tan favorable en otro tiempo al Pontificado, aquella Alemania cuya conversión había servido al Occidente para fundar el poder de la Silla romana; aquella Alemania, que en otro tiempo había servido tan eficazmente á los Papas para el establecimiento de las jerarquías, trabajaba, después de haberse rebelado, en hacer pasar sus convicciones á la Scandinavia, á Inglaterra, á Suiza, á Francia y á España, á pesar de los esfuerzos de Carlos V..... La lucha de los intereses espirituales y temporales en el Pontificado se veía colocada, parecía suscitada expresamente para procurar á las opiniones de la Reforma una dominación más grande. Los dolores condujeron al sepulcro á aquel bueno é ilustrado Pontífice, ménos fuerte que su siglo y las circunstancias que le rodeaban.

Alejandro Farnesio, bajo el nombre de Paulo III, sucede á Clemente VIII. Hombre de sesenta años, empero verde y lleno de ardor, despliega ante los romanos, que le adoraban, más autoridad que sus predecesores; deja á los príncipes de la Iglesia la libertad de manifestar claramente sus opiniones, para que resalten á la luz de la discusión; pero mantiene al mismo tiempo sus derechos y sabe hacer respetar su voluntad. Su prudencia y su circunspección eran conocidas de los soberanos de Europa, y siempre salía victorioso en todas sus negociaciones. En una palabra: era temido fuera y amado de los suyos. De acuerdo con Carlos V resuelve llevar á efecto la celebración de un Concilio general, por cuya celebración los católicos y los protestantes clamaban con igual ardor, para que allí se fijasen los puntos más controvertidos. En la ciudad de Trento se abrió por fin esa grande Asamblea el 13 de Diciembre de 1545. Este Concilio es el único de los ecuménicos tan largo y tan importante, que Sarpi le llama la *Ilíada* del siglo XVI; fué abierto por tres Cardenales legados del Papa. Jamás reunión eclesiástica se había anunciado de una manera más imponente y solemne en todo el mundo. No se trataba en ella de condenar una ó dos herejías, sino de proscribir el mayor de los errores, la mayor de las perturbaciones que había conmovido á la Europa: de explicar la creencia de la Iglesia católica sobre las letras santas y justificar su culto, calificado de superstición é idolatría; de reformar, por último, los abusos que se habían introducido en la disciplina durante los siglos anteriores. Cuatro Arzobispos y veintidos Obispos solamente asistieron á la primera sesión; pero este número se acrecentó después muchísimo en la sesión siguiente. Llegaron á reunirse más de doscientos cincuenta Obispos y Prelados de las diferentes naciones católicas, los más sabios teólogos, los más hábiles jurisconsultos y los embajadores de diversas potencias. Allí fueron admitidos los protestantes para apoyar sus doctrinas, las cuales fueron generalmente condenadas como contrarias al verdadero espíritu de la Iglesia.

Comenzado el Concilio de Trento en 1542, no terminaron sus sesiones, que fueron únicamente veinticinco, sino el 4 de Diciembre de 1563. Largo período de diez y nueve años, en que fueron por tres veces suspensas y reanudadas las sesiones del Concilio por las guerras en que se hallaba la Europa.

En el primer período, el de su apertura, celebró el Concilio siete sesiones; y cuando caminaba en sus importantes declaraciones majestuosas y tranquilamente, el Papa Paulo III, concibiendo temores por parte del Emperador Carlos V, quiso aproximar aquella augusta y santa Asamblea cerca de su persona y trasladarla á Bolonia. La noticia de la proximidad de la peste en Trento, le confirmó en su resolución. La mayoría de los Obispos se pronunció por la traslación en la octava sesión, y marchó á Bolonia. El Emperador se opuso y los Obispos que seguían su opinión, y después de dos sesiones insignificantes se separaron.

Murió Paulo III, y su sucesor, Juan María del Monte, que le sucede en el gobierno de la Iglesia bajo el nombre de Julio III, y que había sido presidente del Concilio de Trento, hace que en su pontificado se continuasen sus útiles trabajos, y en el año de 1551, el 1.º de Mayo, vuelven los Padres á reunirse en Trento por segunda vez y celebran su primera sesión, que fué la undécima general, y otras cuatro más hasta la décimaquinta, que fué el 2 de Enero de 1552, en que se publicó un decreto para la prorogación del Concilio que se trataba de suspender otra vez. En efecto, después de vanos esfuerzos para entenderse, intentados sobre todo por los príncipes, y con el rumor de que se hallaba de nuevo amenazada la libertad de

los Padres, se pronunció su suspensión en la sesión décimasexta. Prometiéndose antes volver á continuar el Concilio al cabo de dos años; pero se pasaron nueve años antes de que la Asamblea tornase á reanudar sus trabajos.

En los pontificados de Marcelo II y de Paulo IV estuvieron suspendidas las sesiones.

Sube despues de ellos á la Silla de San Pedro el cardenal Juan Angel de Médicis en 1559, bajo el nombre de Pio IV, y él tiene la dicha de dar la última mano á la obra inmensa de reparacion emprendida por el Santo Concilio de Trento.

Felipe II, rey de España, con todo su poder inmenso ayuda al Papa en esta gloriosa obra, y el Concilio resuelve abrirse por tercera vez para continuar sus sesiones en Trento el día 18 de Enero de 1562.

Nueve sesiones celebraron los Padres de la Iglesia allí reunidos. En cada una de ellas, despues de haber establecido el dogma sobre los incontrastables fundamentos de la Escritura, de la tradicion, de la razon misma, trataban en segundo lugar las cuestiones largo tiempo agitadas de la disciplina. El mismo espíritu de verdad que los dirigia en las decisiones de la fé, los iluminaba tambien en las decisiones ménos graves si se quiere, pero de un alto interés sin embargo, concernientes al gobierno visible de la Iglesia.

El Santo Concilio de Trento, el último de los Concilios ecuménicos, es de todos el más ilustre, el más completo, el más fecundo en resultados. La Religión católica se hallaba conmovida; él la afirmó en sus bases. La fé habia sido atacada, desfigurada de mil modos por las sectas heréticas: él restableció en su verdadero punto de vista los dogmas alterados, corrompidos.

La disciplina habia perdido su nervio, su vigor: él restableció su imperio, desarraigó los abusos, reanimó la vida espiritual.

Y la Iglesia volvió á aparecer tan fuerte, tan grande, tan pura cual lo habia sido en los bellos días de su existencia.

El Papa confirmó los decretos del Concilio de Trento en 20 de Enero de 1564. La Europa entera lo aceptó, y Felipe II, que tanta parte habia tenido en su conclusion, se declaró, como todos sus sucesores, protector de él.

Allí no sólo brilló la España por la poderosa iniciativa que desplegado habia para la celebracion del Concilio Carlos V y su hijo Felipe II, sino por lo alto que dejaron el nombre español en aquella reunion de sabios hombres tales como Alfonso Salmeron, como fray Bartolomé Carranza, como fray Alfonso de Castro, como los dos Sotos (fray Domingo y fray Pedro), como fray Melchor Cano, como los hermanos Covarrubias (D. Diego y D. Antonio), como Antonio Agustín, como Benito Arias Montano, y tantos doctos y esclarecidos varones.

Monarcas españoles fueron los que promovieron, impulsaron y protegieron el Concilio de Trento, dos veces suspendido; Prelados, teólogos y canonistas españoles fueron los que más brillaron en aquella augusta y venerable Asamblea del Catolicismo.

El último Concilio ecuménico convocado en el Vaticano por el actual papa Pio IX en 1867, y á que concurrieron todos los Obispos de España y de todos los puntos de la cristiandad, ha tenido que suspenderse en 1869 por los sucesos terribles que ha atravesado y continúa atravesando el mundo.

Sólo Dios sabe cómo, en dónde y cuándo podrá terminarse el Concilio del Vaticano, convocado en 1867 por el inmortal Pio IX.

De consiguiente, la única disciplina en vigor hoy en la Iglesia católica, es la establecida en el sagrado Concilio de Trento.

EL CONDE DE FABRAQUER.

COLABORACION

PHILOSOPHIE DU SENS COMMUN

PAR

MELITON MARTIN.

CHAPITRE VII.

De quelle facon l'homme peut s'affranchir du travail.]

Nous avons dit que l'homme nait et croit en proie á des besoins qu'il lui faut satisfaire pour être heureux, et qu'entre le besoin et sa satisfaction il y a, infailliblement, une quantité d'efforts plus ou moins grands;

ce qui revient á dire que la somme d'effort est proportionnée á l'importance du besoin qu'il s'agit de satisfaire.

C'est là une vérité fondamentale. Une vérité non moins évidente c'est que le travail corporel répugne á l'homme, et que nous naissons tous avec une propension énergique á l'éviter.

La raison en est simple: tout travail, tout effort physique est plus ou moins pénible, et l'homme met autant d'ardeur á rechercher les sensations agréables qu'à fuir tout ce qui lui cause une peine ou une fatigue.

A première vue, on dirait que l'ordre naturel de l'univers n'est ni aussi paternel, ni aussi prévoyant qu'on le dit. Les esprits légers se demandent pourquoi le travail, s'il est indispensable á l'homme, a été créé si parfaitement désagréable. Contradiction! disent ils. Injustice!

Examinons cette apparente injustice. Mais répétons-le encore: il faut gagner, avant de l'obtenir, la satisfaction d'un besoin quelconque; la nature ne fait jamais crédit; elle fait, au contraire, payer d'avance une jouissance quelle qu'elle soit. «Les Dieux nous rendent tous les biens au prix d'un pénible travail,» disait, il y a vingt quatre siècles Epicurme, le père de la comédie grecque. Nous ajouterons «et ils exigent le paiement á l'avance.»

Ces faits naturels, une fois connus, convaincus que ces lois nous sont imposées, ce serait folie que de chercher á les éluder.

Dans l'ordre immuable de l'univers, l'homme doit accomplir la plus petite de ces lois naturelles; elles s'accomplissent fatalement, malgré tout, sans bourreaux, sans armées, et nul être humain ne peut s'y soustraire.

C'est-là l'élément fatal de la création. Le fatalisme des anciens, les écoles fatalistes s'appuient et fondent leur raisons d'être sur ce loi inexorable.

Examinons, maintenant, la prétendue cruauté de nous avoir condamnés au travail, après l'avoir rendu si antipathique á la nature humaine.

Une fois que l'homme eut reconnu comme une inévitable loi la nécessité de travailler, un seul moyen s'offrit á lui de continuer á jouir de toutes les satisfactions, sans travailler lui même; ce moyen fut de faire travailler les autres á sa place. Mais où trouver des êtres résignés á accomplir la tâche d'autrui? Où trouver des substituts assez humbles, assez obéissants, pour renoncer généreusement aux fruits de leurs efforts?

Aux temps primitifs, où l'homme était tout ignorance, tout inexpérience, le problème fut inconsciemment résolu par la brutalité cynique de la force. Les plus forts, les mieux armés, dirent aux autres: «Vous travaillerez pour que nous jouissions. La force est la loi suprême. Malheur aux vaincus!»

Ainsi naquit l'esclavage, qui fut la cause première de l'abrutissement et du malheur de la majorité des hommes. Ce sont les esclaves qu'Aristote appelle *le troupeau qui parle*.

Cet état de choses fut l'origine de cette lutte constante et sanguinaire entre les personnes et les peuples, qui constitue la matière principale de l'histoire. La force irrésistible des besoins humains, les plus grossiers et le dégoût inné du travail qu'exige leur satisfaction, divisèrent les hommes en deux classes ennemies: l'une qui, par ignorance, par faiblesse ou domptée par la force, accepta la loi du travail et s'y soumit pour jouir; l'autre qui, plus forte ou plus rusée, arriva á la jouissance en forçant la première á travailler pour elle.

Ce fut ainsi que la force résolut, au profit de quelques uns, l'éternel problème de vivre sans travailler physiquement: néanmoins il devint bientôt évident que la force ne suffisait pas. Deux conséquences naturelles de cet état de choses tendaient á détruire l'empire de la force. En premier lieu, les esclaves, outre leur plus grand nombre, devenaient intelligents en travaillant; de plus, les passions mauvaises qui animaient les forts et les rusés poussaient ceux-ci á la discorde et á la désunion. La force extérieure peut réunir; elle n'unit jamais. Il eût fallu une force interne qui groupât le troupeau humain; il eût été également nécessaire d'empêcher le plus grand nombre de s'exercer et de s'instruire.

Sans cela, les douceurs de l'usurpation se trouvaient menacées dès le premier jour: alors, et comme d'instinct, les forts et les rusés s'associèrent; où la force ne servait á rien, la fraude et la supercherie furent employés (inconsciemment, si l'on veut); une nouvelle force irrésistible apparut pour subjuguier le travailleur, égarant le sentiment chez lui, et obscurcissant son intelligence; l'ère des faux dieux et des faux dogmes commença, et la plus grande partie du genre humain continua á payer, presque volontairement, par son travail, les jouissances de ses exploiters.

Tels sont les faits dans leur nudité répugnante; mais il est bon de dire qu'en réalité ils étaient providentiels. Dans l'état misérable où se trouvaient les premières sociétés devant l'impossibilité de vaincre promptement tant de gigantesques obstacles naturels, l'impatience des plus hardis, foulant aux pieds tout respect envers leurs semblables, fit faire un grand pas en avant á la cause de l'humanité. C'est seulement ainsi qu'au milieu de l'impuissance et de la misère communes, quelques uns purent trouver les loisirs de penser et d'organiser. Ceux qui dépouillaient sans scrupules les faibles et les ignorants se chargèrent, d'eux mêmes, du travail de l'intelligence; ils firent les premiers efforts *immatériels*, sans les quels le monde ne pouvait être arraché á la barbarie. Sous la pression de la force et de la ruse, et sous l'impulsion du sentiment, qui devenait une nécessité pour quelques uns, les civilisations commencèrent et les empires s'élevèrent. Ne nous étonnons donc plus des iniquités et des violences de ces sociétés naissantes; la violence était alors, nécessairement, le seul moyen logique de progrès, surtout si nous tenons compte de ce que nous avons démontré sur la formation de la conscience et des idées morales.

Cette observation importante une fois faite, passons outre.

La force et le mensonge s'emparèrent donc, tout naturellement, de l'autorité suprême, par suite de l'horreur qu'inspiraient la peine et le travail, et par suite de l'amour des jouissances. L'habitude consacra,

aidée par le temps, cet état de choses, fruit du moment, né de la force des lois naturelles; et ces coutumes s'enracinèrent de telle sorte que des philosophes, comme Platon, ne pouvaient concevoir une société modèle sans une majorité d'esclaves destinés au travail matériel.

L'état de la société à cette époque devait produire, et produisit en effet, des bouleversements terribles; l'histoire de l'humanité nous démontre bien clairement qu'on s'était égaré en considérant, comme définitif, un état de choses qui n'était que transitoire, et que si le travail répugnait à l'homme, ce n'est certainement pas dans le but d'entretenir la fainéantise de quelques privilégiés, pendant que d'autres vivent en esclaves accablés sous le faix.

Les moyens auxquels les rusés et les forts eurent recours au commencement, quoique imposés par la nécessité, devinrent, à la suite des temps, illégitimes, abusifs, tyranniques, odieux, sources de tous les maux et de la plupart des crimes. Ils froissaient: ils corrompaient une loi naturelle; c'est de là que le principe du mal régna sur le monde.

Eviter le travail pour le rejeter sur autrui, était enfin évidemment criminel.

D'un autre côté, l'étude raisonnée de l'harmonie et de l'unité de la création démontrait clairement que la répulsion de l'homme pour le travail devait cacher un but providentiel et, qu'en conséquence, il devait exister un moyen légitime de s'en affranchir. Quel était, nonobstant, ce moyen?

La force des choses et le cours des siècles, ou plutôt la force irrésistible des lois de la nature, sont arrivés à nous le dévoiler. Ce moyen légitime de nous affranchir du travail, existe; il est, de plus, le germe du progrès, l'origine de toute civilisation, la cause de la véritable grandeur et de la vraie dignité humaines. Le mot de l'énigme se trouve dans la répulsion que l'homme éprouve pour le travail, dans ses désirs de vivre sans travailler et dans les moyens aussi légitimes que providentiels que lui offre la création pour en venir à bout. Telle est la source des conquêtes humaines, des progrès matériels, de tout savoir, de toute science, et, enfin, de ces nobles sentiments dont la généralisation couronnera, un jour, notre bonheur terrestre.

Expliquons cette harmonie grandiose afin de saper tant d'élucubrations dangereuses.

Dans les temps primitifs, à ces époques reculées où l'homme primitif n'avait pas encore pensé à faire retomber sur le faible tout le poids du travail corporel, il avait observé déjà qu'il existait d'autres moyens de s'affranchir du travail. L'invention de quelques grossiers outils, celle des premières armes, etc., des premiers ustensiles, durent lui indiquer, en y joignant l'appropriation des animaux les moins sauvages, que le travail musculaire, seul moyen d'obtenir les satisfactions convoitées, n'allait plus peser exclusivement sur lui seul. Dès qu'il sut faire d'un fragment de silex une lame de couteau, d'un bâton, un levier; d'une pierre, un marteau ou un coin, le sauvage, adroit ou ingénieux, put s'exempter de quelque peu du travail matériel que son isolement lui imposait.

Le mouton et la chèvre, précieuses conquêtes pour son alimentation, qu'il sut réunir en troupeaux, lui épargnèrent les fatigues de la chasse; l'arc et la flèche lui permirent d'atteindre l'oiseau dans son vol, l'animal dans sa course.

Chaque pas en avant, chaque conquête, se traduisaient par une diminution de travail matériel. Ces premiers pas, une fois faits vers sa rédemption, l'esclavage put survenir sans produire d'arrêt dans le progrès.

L'esclave et son maître étaient des hommes et, par cela même, ils partageaient le même sentiment d'aversion pour le travail. Donc, il y eut d'intelligents esclaves qui, pour s'affranchir du travail, firent de nouvelles découvertes et ces découvertes furent acceptées avec joie par les maîtres, qui n'y voyaient que d'autres sources de jouissances; comme leur tendance inconsciente était d'atteindre la plus grande somme possible de bien-être, sans s'inquiéter de la façon dont ce bien-être était payé, ils en vinrent à coopérer, plus d'une fois, à l'œuvre commune et providentielle de réduire la quantité de travail musculaire.

Ce fut ainsi que furent créées et perfectionnées les machines primitives, et qu'on en inventa d'autres.

A l'âne qui portait la charge, en évitant cette peine à l'homme, s'unit le cheval, qui transporta le cavalier. Au bœuf, qui rendit léger le travail du laboureur, s'unirent le chameau, le dromadaire et l'éléphant. Le vent, supprimant la rame, fit marcher le radeau; le feu produisit des merveilles, et la force de l'eau remplaça, dans les familles opulentes, le travail des esclaves employés à la mouture du blé.

L'émancipation de l'esclave commença à devenir possible, et l'idée de liberté germa dans son esprit. Ce fut ainsi qu'il devint, peu à peu, évident, que l'homme était entouré de tout ce qui était nécessaire à la rédemption du labeur corporel. On comprit, alors, que la répugnance de l'homme pour le travail n'était qu'une façon providentielle de le pousser au moyen légitime de rejeter ce qu'il a de plus pénible sur les machines animées que nous venons de nommer, et sur les machines inanimées qu'il pouvait construire, en utilisant également les forces et les corps de la nature.

Quelle admirable et providentielle harmonie! De notre tendance innée à nous affranchir du travail matériel qui nous était imposé, devait naître la source pure de la science, du bien-être et de l'amour.

Nous le répéterons en d'autres termes: l'histoire des arts et des sciences, l'étude de la nature et de l'homme, le développement successif du bien-être et du savoir sur notre terre, sont d'accord pour nous démontrer que la répugnance de l'homme, en général, pour le travail matériel, a eu pour but de lui suggérer toutes les conquêtes qu'il a su faire sur les brutes et sur la matière. C'est en cherchant à s'affranchir du labeur qui lui était imposé qu'il a apprivoisé les brutes; inventé toutes les machines, depuis le marteau et le charnu, jusqu'à la locomotive et à l'imprimerie; qu'il a su dompter et s'approprier les forces de la nature: le feu qui cuit ses aliments, fond les métaux, etc., donne le mouvement à ses puissantes machines à vapeur; l'électricité qui transmet sa parole et sa pensée au-delà des mers et dans les plus lointains pays.

Et comme rien de tout cela ne put s'obtenir sans une connaissance approfondie des lois de la nature, l'étude de ces lois développa l'intelligence en l'élevant: cette culture de la partie intelligente de notre être amena, nécessairement, une augmentation dans l'échange des idées, des données et des observations; les liens du sentiment, en conséquence, s'accrurent d'individu à individu, de peuple à peuple, et le progrès qui commença par l'effort matériel, se transforma d'abord en science et, enfin, en sympathie et en amour.

Voilà comment la tyrannie providentielle de nos besoins le plus grossiers, d'un côté, et, de l'autre, notre répugnance pour le travail, agrandirent et développèrent l'arbre de la science unique, dont les racines rampent sur la terre, mais dont les rameaux féconds s'élèvent jusqu'aux pures régions de l'éther.

Voilà comment le sens commun, sans avoir besoin d'un langage conventionnel, obscur et mystérieux, explique d'une manière évidente et simple:

- 1° La loi fatale du progrès;
- 2° Le cours et l'enchaînement de l'histoire;
- 3° L'origine du permis et du défendu;
- 4° Le problème du bien et du mal social.

La loi du travail, notre tendance à l'échapper, les deux moyens de vivre sans travailler, l'un légitime, l'autre illicite: voilà la solution de ces problèmes, énigmatiques pour la plupart des hommes. Qui ne les connaît à fond, ne peut que marcher dans les ténèbres.

En résumé:

- 1° Bien vivre, c'est satisfaire tous les besoins de notre nature.
- 2° Pour les satisfaire, le travail du corps et celui de l'esprit sont nécessaires.
- 3° Le travail nous répugne et tous nos efforts tendent à le réduire à la plus petite quantité possible.
- 4° Les pervers et les méchants s'appliquent à se procurer la plus grande somme possible de jouissances en profitant, par force ou par ruse, du travail d'autrui.
- 5° Ceux qui respectent la loi naturelle et s'y soumettent, tâchent, au moyen de nombreux efforts, de s'affranchir du travail en utilisant les animaux créés pour notre service et les forces naturelles qui existent sur notre globe.

Nous verrons, en temps utile, quelles sont les conséquences à tirer de ces faits.

MELITON MARTIN.

(A suivre.)

ESTUDIO DEL DERECHO POLÍTICO.

(CONTINUACION.)

Hemos dicho que, respecto del principio de sociabilidad, era necesario procurar armonizar los derechos é intereses individuales con los sociales, de tal modo que nunca pudieran presentarse en antagonismo ni hubiese tendencia de absorber unos por otros. En efecto, si consideramos la cuestión históricamente, veremos que en las sociedades antiguas en que dominó en alto grado el principio panteísta, según el cual se consideraba al hombre como parte ó átomo de un gran ser, hubo una tendencia marcada á observar el individuo en la sociedad, y de aquí la organización puramente política de estas antiguas sociedades, como sucede en Grecia y Roma, en que á pesar de darse gran importancia al principio de libertad, se halla en realidad reducido á límites bien estrechos, y no es por consiguiente una verdad. Las leyes de Licurgo, que hicieron de Esparta, como dice un escritor moderno, «un campamento de soldados»; las mismas leyes de Solón, áun las doctrinas filosóficas de Platon y Aristóteles, nos demuestran los perniciosos efectos del socialismo antiguo. El Cristianismo vino á modificar estos principios, enseñando al hombre que en su vida espiritual se pertenece más á sí propio que á la ciudad, y elevando el principio de la libertad moral consiguió que el hombre alcanzase la dignidad de que ántes carecía. Toda sociedad que niega ese principio, toda sociedad que pide al hombre la aniquilación de su libertad, no contribuye á realizar el fin humano, sino más bien á su negación. Conviene, por lo tanto, en una buena organización social evitar los escollos del socialismo, al mismo tiempo que las exageraciones del individualismo.

III

Podemos clasificar las sociedades: 1.º Según el fin que realizan. 2.º Según la colectividad de personas que contribuyen á la realización del fin.

Consideradas las diferentes clases de sociedades según el distinto fin que realizan, podemos clasificarlas formando cinco grupos, que constituyen la sociedad religiosa, científica, industrial, moral ó estética y política, cuyas cinco clases de sociedades corresponden á los cinco fines permanentes que encontramos en la humanidad.

El fin religioso es uno de los que encontramos más arraigado en el hombre; de tal manera, que la historia y las narraciones de

los viajeros que han explorado los países más atrasados en la civilización nos demuestran que, aun en esos pueblos más salvajes, existe una idea más ó menos confusa de la Divinidad y un culto externo más ó menos perfecto á medida que se adelanta en la cultura y civilización del pueblo de que se trata. Esta aspiración constante de la humanidad hácia el infinito, y esta tendencia casi instintiva en el hombre para dirigirse á Dios, no se limita ni puede limitarse al hecho individual aislado de la adoración del Creador por la criatura, sino que aspira á dominar en la vida social; de modo que el hombre busca á sus semejantes para asociarse con un mismo pensamiento á invocar al Supremo Hacedor, especialmente en los muchos momentos en que en la vida encuentra obstáculos y sufrimientos. De aquí la necesidad del culto externo que en todos los pueblos encontramos y de la asociación religiosa, que en nuestra verdadera creencia constituye la Iglesia ó comunidad de fieles regida por su cabeza visible en la tierra. De aquí también la necesidad de que la religión haya intervenido, comunicando su sello divino cuando el hombre aparece en la vida humana, cuando constituye la familia y cuando sucumbe, y por consiguiente los ritos religiosos que vemos también asociarse en todos los países al nacimiento, al matrimonio y á la muerte de los individuos; en cuyos tres actos también parece que se manifiesta la tendencia instintiva de compartir con nuestros deudos la ventura ó la desgracia, para unir con ellos nuestras súplicas á la Divinidad. Es una consecuencia también de los principios anteriores que el hombre no puede menos de pertenecer á la sociedad religiosa, puesto que es en él permanente el fin religioso, y por lo tanto solo cabrá que se separe de determinada forma religiosa y acepte otra, sin que el ateísmo, en el verdadero sentido de la palabra, pueda considerarse mas que como una monomanía, y nunca como una aspiración racional.

El fin científico es también otro de los fines permanentes de la humanidad, al cual corresponde otra clase de asociación, que es la asociación científica. Es igualmente casi instintivo en el hombre el deseo de saber, de adquirir conocimientos y de transmitirlos á los demás para aumentar de este modo, con las investigaciones de todos, el caudal de conocimientos que constituyen la ciencia humana. La aspiración á la verdad es tan natural al hombre como la aspiración religiosa, puesto que dotado de la razón, que es un destello de la Divinidad, necesita satisfacer ésta esforzándose hasta donde permiten los límites de su naturaleza finita en alcanzarla. La asociación científica se hace notar principalmente por la pureza del fin á que se consagra, que es la adquisición de la verdad por la verdad misma, de tal manera que no entra en ella ningún cálculo de interés, sino puramente el interés científico. Y forma además una esfera propia de la actividad humana distinta de las demás esferas, porque, por más que en la ciencia encontraremos quizá no sólo la verdad, sino muchas veces la justicia, la bondad, la belleza, y por lo tanto coexista con su realización la de los demás fines humanos, es lo cierto que en la investigación de ella, en la esfera científica, solo nos dirigimos y guiamos por la ciencia misma. La asociación científica se realiza por medio de las Academias, las Universidades, etc., y quizá su época de mayor desarrollo, al menos de sus condiciones naturales, se encuentra en la Edad Media, época en que estos cuerpos habían adquirido gran preponderancia y constituían, por decirlo así, una especie de poder.

La asociación industrial corresponde también al fin industrial permanente de la vida humana. Efectivamente, el trabajo es una ley constante á la cual se halla sometida la humanidad y sus leyes; sus evoluciones constituyen lo que se llaman fenómenos económicos, cuyo estudio comprende hoy una parte muy importante de las ciencias sociales. Este hecho universal ha producido la asociación para la realización de este fin, también universal, que encontramos aún en los pueblos más remotos, como nos lo manifiestan inscripciones y restos de la antigüedad; esto hizo que aun antes de que se establecieran leyes y reglamentos sobre el particular, se reuniesen, impulsados por la necesidad social del comercio, los primeros pueblos, y acudiesen á la permuta como forma primitiva de contratación, determinasen reunirse periódicamente en cierto punto, dando origen con esto al establecimiento de las ferias y mercados, é inventasen por fin la moneda, prueba inequívoca de la existencia y necesidad de la asociación industrial. Por eso, como en otro lugar hemos

expuesto, ha dicho con mucha razón Bastiat que el hombre es débil en el aislamiento y poderoso en la sociedad, porque en el primero son más las necesidades que las satisfacciones. La asociación industrial adquirió también gran importancia con la creación de las lonjas ó casas de contratación, de las Bolsas, y constituyó igualmente un verdadero poder en la Edad Media, cuando se formó la liga anseática, imponiendo terror á los piratas que se creían ellos príncipes soberanos del mar.

La asociación estética y la moral corresponden del mismo modo á los fines permanentes del hombre, que consiste en la realización de la belleza y de la bondad. Muchas veces, sin embargo, ambos fines se confunden, pudiendo decirse que existe la belleza moral, como existe la belleza puramente estética, y que en toda acción buena debemos necesariamente encontrar algo de belleza, así como toda belleza debe realizar un principio de bondad. La asociación estética tiene su representación también, como las anteriores, en los Museos, en los teatros, que si no podemos considerarlos, según algunos, como escuela de las costumbres, son, sin embargo, su espejo más fiel. La asociación moral la encontramos representada en los establecimientos de Beneficencia, en los hospitales, en los Asilos de mendicidad, etc., y bajo su forma negativa en el presidio ó la cárcel.

Pero todas estas asociaciones necesitan la común garantía, el apoyo que les presta la asociación, que tiene por objeto la realización del derecho ó sea la asociación política, cuya representación encontramos en la Asamblea legislativa ó la Casa concejal, y expresada en la Constitución política de cada pueblo. Las demás asociaciones tendrían que quedar incompletas si no estuviesen dentro de la misma esfera política, y por consiguiente garantidas por el Derecho. De aquí la necesidad del Estado, institución de Derecho, cuya misión consiste principalmente en hacer que se desarrolle la humanidad en sus distintas esferas, en condiciones de Derecho, manteniendo la armonía y la justicia entre los asociados.

Consideremos ahora las sociedades bajo el segundo aspecto, esto es, según los diversos grupos de personas que contribuyen á la realización del fin, y podremos decir que bajo este punto de vista pueden hacerse cuatro grupos distintos, que corresponden á las cuatro entidades que se desarrollan sucesivamente: familia, ciudad, nación y humanidad. Las dos primeras se conciben fácilmente, mucho más desechada la teoría del estado natural hipotético; la nacionalidad requiere ya un grado mayor de cultura para comprender su verdadera noción.

Examinemos el desarrollo progresivo de cada una de ellas. En la familia, primitiva sociedad, y que podemos considerar como una asociación tácita, pero deliberadamente aceptada, hallamos ya la realización de todos los fines humanos de que hemos hecho mérito anteriormente. El fin religioso, el fin científico, el fin moral, el fin industrial y el fin político, se realizan en la familia. El padre es el sacerdote, el magistrado, el maestro, el industrial y el dispensador de los bienes morales en la familia, y la madre también contribuye á la realización de todos estos fines, especialmente de los fines morales. En efecto, las primeras ideas religiosas las debe el niño al padre y á la madre, que le enseña á adorar á la Divinidad; los primeros conocimientos que adquiere, los debe también á la familia, hasta tal punto que los hijos imitan instintivamente á sus padres cuando los ven dedicarse á una ocupación científica, y bajo este punto de vista son sus primeros maestros. Al mismo tiempo el padre es el industrial de la familia, observándose aquí un fenómeno contrario á lo que sucede en la sociedad civil, pues en la familia se da á cada uno lo que le hace falta, según sus necesidades, al paso que en la sociedad solo se atiende á lo que puede ofrecer en cambio de lo que se le dé, esto es, á una prestación mutua de servicios por servicios. Es también el magistrado que tiene el derecho de imponer castigos á los que faltan á sus deberes en la familia, y por consiguiente mantener en ella el estado de Derecho, y al mismo tiempo, secundado por el superior sentimiento de la mujer, desarrolla el fin moral y estético, iniciando en la familia las grandes cuestiones de sentimiento, de arte y de beneficencia. En la familia, pues, se desarrollan, además del fin de la perpetuación de la especie, todos los demás fines de la sociedad humana.

Pero deberemos advertir que es muy difícil encontrar un ideal perfecto de la familia, en el cual todos estos fines se desarrollen al

mismo tiempo y armónicamente entre sí; generalmente alguno de ellos prepondera y se realiza mejor á expensas de otro que se sacrifica, resultando de aquí una imperfección. Así sucede, por ejemplo, que un padre gran industrial realiza poco el fin religioso, y la consecuencia es que sus hijos, descreídos, consumen en sus vicios el capital resultado de la industria paterna; otro, por el contrario, puede ser muy religioso y no desenvolver el fin industrial, y el efecto de esto es que los hijos, que serán moralmente muy buenos, vivirán en la miseria, y quizá considerarán como un castigo de la Providencia lo que es solo efecto de su falta de actividad industrial. Acaso otro, desarrollando exclusivamente el fin científico, hará de sus hijos unos sabios, y sin embargo también vivirán en la indigencia, porque no se halla realizado del mismo modo el fin industrial. Un jefe de familia sabe conciliar el respeto que se le debe con la prudente libertad de sus hijos; otro, por el contrario, desarrolla un excesivo rigor y hace que estos le teman, más no le obedezcan y respeten; otro, no forma cabal idea de la justicia y tolera faltas graves, al paso que castiga las leves, ó da lugar con sus preferencias á que nazcan rivalidades y envidias entre los hijos, ocasion muchas veces de funestos resultados y aun de crímenes. Es, pues, difícil que en un hombre se reúnan todas las cualidades necesarias para un perfecto padre de familia; y esta imperfección, necesaria en la condición humana, viene á suplirse por medio de estas asociaciones ó entidades superiores, de que después trataremos.

Dos circunstancias que hemos dicho que contribuyen á que en la familia haya la completa realización de todos los fines humanos, nos explican satisfactoriamente el amor que naturalmente debe tener todo hombre á la vida de la familia, considerando el vivir en ella como su estado más perfecto, y por qué razón se prefieren los cuidados que en ella se dispensan á cualesquiera otros que vengan de manos extrañas.

Pero como solo de un modo imperfecto pueden realizarse en la familia, según acabamos de indicar, todos estos fines, se necesita que se formen otra asociación más extensa, otra entidad más desarrollada, constituida por la agregación de familias (tribu, pueblo, ciudad); en ella estos mismos fines se realizan con mayor extensión; á la representación religiosa del jefe de la familia, sucede la del sacerdote; á la científica, la del maestro; á la industrial, la del prior ó el cónsul; á la política, la del Alcalde ó Juez; y si no encontramos otra correspondiente al fin moral en los pueblos actuales, es porque está íntimamente unido con el fin religioso en virtud de nuestras creencias. El pueblo, la ciudad, no es por consiguiente una creación artificial, sino una sociedad tan natural como la de la misma familia, constituida por impulsos igualmente poderosos, y por decirlo así instintivos. Los hijos, constituyendo nuevas familias, establecen sus hogares junto al hogar paterno; al lado de una tienda se levanta otra, ó tal vez una familia con su jefe se encuentra con otra dirigida por el suyo, y reunidas ambas, hallan más medios de desarrollar sus facultades, de defenderse contra sus enemigos, de auxiliarse mutuamente, que no los que las tenían aisladas; los jefes deliberan juntos lo más conveniente á sus respectivas familias, las mujeres se ayudan mutuamente en sus faenas domésticas, y aun los niños hallan otros de su misma edad con los cuales se asocian, constituyendo desde su infancia los lazos permanentes de una firme amistad. Todos los medios de acción adquieren por consiguiente más desarrollo en esta nueva asociación; de la reunión de los jefes de familia, considerados como magistrados, nace la institución del Alcalde, magistrado popular encargado de la administración de justicia, fuera del hogar doméstico, en todo lo que se refiere á la comunidad de las familias; á no ser que tenga que ejercer sus funciones dentro de la misma familia por hallarse ésta fuera de las condiciones del Derecho, como sucede en las desavenencias entre los esposos ó entre padres é hijos; de la reunión de los mismos, considerados como sacerdotes, nace el párroco, autoridad religiosa, encargada de la realización de este fin en la ciudad; de la de los jefes, considerados como sábios, se deriva el maestro, cuya misión es realizar la educación de los hijos de familia, completando la que reciben en el hogar doméstico. Otras diferentes entidades se desarrollan también en la vida del municipio; pero estas son las más esenciales é importantes á causa de las funciones que desempeñan.

Cada una de estas tres instituciones viene en su esfera propia á

perfeccionar, realizando los distintos fines humanos, la obra que hemos dicho se verifica en el seno de la familia. Así, el Alcalde hace que la autoridad del padre se respete, cuando se intenta desconocerla en la familia, ó protege á los individuos de ella cuando el jefe abusa de su superioridad ó de su fuerza; el maestro suple los conocimientos que faltan al padre ó le evita que tenga que sacrificar sus demás ocupaciones al deseo de dar enseñanza á sus hijos, aunque siempre se verifica que el padre enseñe; el párroco, cuya misión desempeña quizá el más anciano, ó el más virtuoso de los ciudadanos, inspira á todos los sentimientos religiosos y los enseña á adorar y dirigir sus preces á la Divinidad, por cuyo medio perfecciona á la sociedad. El templo, la escuela, la casa concejil ó el Ayuntamiento, son los tres edificios en que se desarrolla la vida propia del municipio; por eso son los primeros que enriquece el arte, pues que, sin pertenecer exclusivamente á ningún ciudadano, pertenecen á todos en comun.

La tercera evolución que se manifiesta en el desarrollo de las sociedades, consideradas bajo el punto de vista de la colectividad de personas que las constituyen, es la de la nación, formada por la reunión de las ciudades, así como estas lo son por la agregación de las familias. Difícil es fijar qué elementos son los que constituyen la nacionalidad; no podemos decir que los forman la identidad de idiomas, porque vemos diferentes naciones, separadas en el orden político, en las que se habla el mismo idioma; como sucede, por ejemplo, con la Suiza, al paso que hay distintas nacionalidades en las cuales se observa el mismo lenguaje, como, por ejemplo, la Alemania. No es, pues, el idioma el único elemento constitutivo de las nacionalidades; y sin entrar en la resolución del difícil problema que envuelve la explicación de este hecho, nos bastará por ahora decir, respecto á la razón filosófica de la existencia de las naciones, que la misma naturaleza separa por medio de cordilleras, ríos y mares porciones de territorio que parecen por estas condiciones físicas destinadas á constituir una nacionalidad; y respecto al hecho histórico, hallamos la explicación de la existencia de las nacionalidades en las guerras, la conquista y los tratados diplomáticos.

En la nación se desarrollan, aunque en mayor escala y en su esfera propia, los distintos fines de la humanidad que se desenvuelven en la familia y en el municipio; á la autoridad política de éste, representada por el Alcalde, sucede la del jefe supremo, Emperador, Monarca ó Presidente; á la representación religiosa del párroco, sucede la del Obispo, del Patriarca ó del Pontífice; á la del maestro, la de la Universidad; á la industrial, de los pequeños comerciantes la que se manifiesta en los grandes establecimientos de comercio, de industria y de crédito, y el comerciante se convierte en banquero. Entre todas ellas, solo debe ser objeto de nuestro estudio la que se refiere al orden político, esto es, la institución del Estado, de la cual trataremos en el siguiente capítulo.

De lo expuesto anteriormente, se deduce que en toda organización social conviene principalmente que no existan tendencias de absorción ni de represión de las distintas esferas que forman los diferentes grupos en que hemos dividido la asociación, ya teniendo en cuenta los fines permanentes que debe realizar, ya atendiendo á la colectividad de personas que la forman, es decir, que no deben manifestarse en estas esferas tendencias individualistas ni comunistas, porque las primeras destruyen todo principio de organización, al paso que las segundas aniquilan todo desarrollo de la libertad en sus distintas manifestaciones. La historia nos enseña prácticamente cuál ha sido el destino y la suerte de las naciones en las cuales se ha desarrollado con preferencia y á expensas de otro alguno de estos grandes fines. Así nos causa admiración, por ejemplo, la destrucción del Bajo Imperio, en que coincide el desarrollo del Derecho con la ruina del pueblo; pero este hecho encuentra su explicación satisfactoria, si atendemos á que la moral no existía, y por lo tanto en esta época de corrupción quedaba desatendido uno de estos grandes fines. Así también Cartago, pueblo eminentemente comercial é industrial, pereció sin embargo porque el principio de la justicia y el Derecho estaba sacrificado al del interés de las transacciones mercantiles. Reflexiones análogas puede sugerir la historia de Grecia, el reinado de Luis XIV y la época de la Casa de Austria en nuestra patria.

(Se continuará.)

LA RACE LATINE

JOURNAL INTERNATIONAL

Cette Revue, tirée à un grand nombre d'exemplaires, est imprimée à Madrid dans l'un des premiers établissements typographiques espagnols et paraît tous les quinze jours avec la collaboration des écrivains les plus distingués de l'Europe Latine.

PRIX D'ABONNEMENT

Espagne.	un an.	200 reaux.	Portugal.	un an.	2 livres sterling.
France.	»	50 francs.	Italie.	»	50 liras.
Belgique.	»	50 francs.	Amérique.	»	20 pesos.

ON S'ABONNE EN ESPAGNE

A MADRID
Bureau central, 4, rue de Serrano.
Librairie Bailly-Baillière.
Librairie Durand.

Palma.—Librairie de D. Pedro José Gelabert.
Barcelona.—Juan Oliveres.
Sevilla.—Hijos de Fé.
Málaga.—Francisco Moya.

Bilbao.—Viuda de Delmas.
Zaragoza.—Viuda de Heredia.
Cádiz.—Verdugo, Morillas y Compañía.
San Sebastian.—Manuel Aramburu.

Les annonces sont reçues en Europe pour trois mois.

ON S'ABONNE A L'ETRANGER

A Paris. Librairie Espagnole de M. Denez Schmit, seul représentant, 2, rue Favart (prés l'Opéra comique).
A Lyon, chez Mr. CONCHON, rue Mulet, 9, et rue Bat d'Argent, 10.
A Marseille, chez MM. Arrau, rue des Feuillants, 1.—Camoin, rue de la Cannebière, 1.—Chusin, B^d du Musée, 16.—Millaud, rue de Noailles, 13.
A Bordeaux, chez Mr. Fouraignan, Place de la Comédie, 3.
Au Havre, chez Mr. Aubert Benard.
A Londres, chez Childey et Cortazar, 71 Store Street.

A Bruxelles, chez MM. Deq et Duent, office de publicité, 39, rue Montagne de la cour.
A Anvers, chez Mr. Kornicher.
A Amsterdam, chez Mr. Van Bokkens.
A la Haye, chez MM. les héritiers Doorman.
A Rome, chez Mr. Merlé.
A Turin, chez MM. Bocca, freres.
A Florence, chez M. Irouhaud.
A Naples, chez Mr. Dura.
A Milan, chez MM. Dumolard, freres.
A Lisbonne, chez Mr. Silva Junior.
A Oporto, chez Mr. Gomez, successeur de Moré.

CORRESPONSALES EN ULTRAMAR

ISLA DE CUBA.
Habana.—La Propaganda Literaria, O'Reilly, 54.
Guines: D. Ramon de Cabrera.
atanzas.—Señores Sanchez y Compañía, y Don Juan F. Balloqui, calle de Gelaberto número 42.
Cienfuegos.—D. Juan A. Gutierrez.
Cuba.—D. Juan Perez Dubrull.
Caibarien.—D. Hipólito Escobar.
Santa Clara.—D. Manuel Doport.
Moron.—D. Sebastian Delgado.
Cárdenas.—D. Alejandro Laga.
Sagua.—D. Pedro Pazo.
Union de Reyes.—D. José M.^a Otero.
Colon.—D. José M.^a Prieto.
Puerto Príncipe.—D. Miguel Acosta Barañan.
Baracoa.—D. Luis Argues.
Gibara.—D. Gregorio Vega y D. Nicolas de Mena.
Sancti-Spiritus.—Don Carlos Ergueta.
Holguin.—D. Bernardo Manduley.
Nuevitas.—D. Miguel Nuñez.
Nueva Paz.—D. Enrique Petit.
Trinidad.—D. Eugenio Camino.
Guanajay.—D. Pedro Chacon.
Guanabacoa.—D. José M.^a Prieto.
Santiago de las Vegas.—D. Feliciano Esternor.
Batabanó.—D. Antonio Fonseca.
Sumidero.—D. José García Alonso.
Cifuentes.—D. Evaristo Prieto.
Pinar del Rio.—D. Deogracias Gil.

Consolacion del Sur.—Sres. Rodriguez y Fernandez.
Santa Isabel de las Lojas.—D. Santiago Migoyo Jiguanf.—D. Santiago Barandiarán.
Guantánamo.—D. Juan Anguer Freixas.

PUERTO-RICO.

Capital.—D. José María Sanchez.
Arroyo.—D. Isidro Coca.

SANTO DOMINGO.

Capital.—D. Joaquín Machado.
Puerto-Plata.—D. Miguel Malagón.

FILIPINAS.

Manila.—D. José Villeta.
Celestino Miralles, agentes generales, con quienes se entienden los de los demás puntos del Asia.

SAN THOMAS.

Capital.—D. Luis Guasp.
Curacao.—D. Juan Blasini.
MÉJICO.
Capital.—D. Juan Buxó y Compañía.
Veracruz.—D. Manuel Ochoa.
Tampico.—D. Antonio Gutierrez Victory.
Mérida.—D. Rodolfo G. Canton.
Matatlan.—D. Francisco Echeguren.
Puebla.—D. Emilio Lezama.
Campeche.—D. Joaquín Ramos Quintana.

VENEZUELA.

Caracas.—D. Martín J. Larralde.
Puerto-Cabello.—D. Juan A. Segrestáa.

La Guaira.—Señores Salas y Montemayor.
Maracaibo.—Sr. D'Empaire, hijo.
Ciudad Bolívar.—D. Serapio Figuera.
Carúpano.—D. Juan Orsini.
Barcelona.—D. Martín Hernandez.
Maturín.—M. Philippe Beaupertuy.
Valencia.—Señores Jayme Pagés y Compañía Coro.—D. J. Thielen.
Cerro de S. Antonio.—Sr. Castro Viola.
CENTRO AMÉRICA.
Guatemala.—D. Ricardo Escardille.
Norberto Zinza.
San Salvador.—Señores Reyes Arrieta.
San Miguel.—D. Joaquín P. Guzman.
Manuel Soto.
Tegucigalpa.—D. Manuel Sequeiros.
Chinandega (Nicaragua).—D. Isidro Gomez.
San Juan del Norte.—D. Emilio de Thomas.
Con onante.—D. Joaquín Mathé.
Rivas.—D. José N. Bendaña.
Granada.—D. Zacarías Guerrero.
San José de Costa Rica.—D. Guillermo Molina.
Casto Gomez.

BELIZE.—D. José María Martínez.

ECUADOR.

Guayaquil.—D. Antonio de La Mota.
NUEVA GRANADA.
Bogotá.—D. Lázaro María Perez.
Santa Marta.—D. Martín Vergara.
Cartagena.—Señores Macías é hijo.
Panamá.—D. José María Aleman.
Colon.—D. Matías Villaverde.
Medellín.—D. Juan J. Molina.

Mompox.—Sres. Ribou y hermanos.
Pasto.—D. Abel Torres.
Subanaldaga.—D. José Martín Tatis.
Sincelojo.—D. Gregorio Blanco.
Barranquilla.—Sres. E. P. Pellet y Compañía.

PERÚ.

Lima.—Sres. Redactores de la Nacion.
Arequipa.—D. Manuel de G. Castresana.
Iquique.—D. Benigno G. Posada.
Punó.—D. Francisco Laudaela.
Tacna.—D. Francisco Calvet.
Trujillo.—Sres. Valle y Castillo.
Callao.—Sres. Colville, Danwson y Compañía.
Arica.—D. Carlos Eulert.
Piura.—M. E. de Lapeyrouse y Compañía.
BOLIVIA.
La Paz.—D. José Herrero.
Cobija.—Sres. Aguirre—Zavala y Compañía.
Cochabamba.—Doña Benedicta Reyes de Santos.
Potosí.—D. Adolfo Durrels.
Oruro.—D. José Cárcamo.

CHILE.

Santiago.—D. Augusto Raymond.
Valparaíso.—D. Nicasio Ezquerria.
Copiapó.—Señores Rosello hermanos.
La Serena.—Señores Alfonso hermanos.
Huasco.—D. Juan E. Carneiro.
Concepcion.—D. José M. Serrate.
Santa Ana.—D. José María Vides.
ESTADOS-UNIDOS.
Nueva-York.—M. Echeverría y Compañía.

S. Francisco de California.—M. H. Payot.
Nueva Orleans.—M. Victor Hebert.

PLATA.

Buenos-Aires.—D. Narciso Cepedano.
Catamarca.—D. Mardoqueo Molina.
Córdoba.—D. Pedro Rivas.
Corrientes.—D. Emilio Vigil.
Purand.—D. Cayetano Ripoll.
Rosario.—D. Andres Gonzalez.
Salta.—D. Sergio García.
Santa Fe.—D. Remigio Perez.
Tucuman.—D. Camilo Caballero.
Gualeguaychú.—D. José María Nuñez.
Peysandú.—D. Miguel Horta.
Mercedes.—D. Serafin de Rivas.

BRASIL.

Rio-Janeiro.—D. M. D. Villalba.
Rio grande do Sur.—N. J. Torres Crebuet.

PARAGUAY.

Asuncion.—D. Isidoro Recalde.

URUGUAY.

Montevideo.—Señores A. Barreiro y Compañía.
D. Hipólito Real y Prado.
Salto Oriental.—Señores Morillo y Gozalbo.
Colonia de Sacramento.—D. José Martag.
Artigas.—D. Santiago Osoro.

GUYANA INGLESA.

Demerara.—MM. Rose Duff y Compañía.

TRINIDAD.

Trinidad.—MM. Geróldiete, Uricen.